

RÓMULO GALLEGOS

LA
REBELIÓN

Y OTROS CUENTOS

LIBRERIA Y EDITORIAL
DEL MAESTRO
CARACAS

RÓMULO GALLEGOS
***La rebelión
y otros cuentos***

*Edición en formato electrónico
eldienteroto.org*

LA REBELIÓN

I

Mano Carlos

Esto fue cuando Juan Lorenzo tenía cinco años.

Una noche, a las primeras horas, estaba él en las piernas de la madre, que le cantaba para dormirlo, cuando llegó un hombre a la puerta y dijo:

-Señora, dígame a Mano Carlos que aquí está Julián Camejo que viene a cumplirle lo ofreció.

Efigenia dejó al niño en la mecedora y entrando en el cuarto del marido se acercó a la hamaca donde él estaba y le dijo, con su voz de sierva sumisa que habla al amo que acaba de azotarla:

-Que ahí está Julián Camejo que viene a cumplirte lo ofrecido.

El hombre saltó de la hamaca y se precipitó fuera del cuarto a grandes pasos, a tiempo que desabrochaba la tirilla del revólver en la faja que llevaba siempre al cinto.

Efigenia comprendió entonces lo que iba a suceder pero no hizo nada por evitarlo, paralizada por el terror. Juan Lorenzo que estaba mancornado en la mecedora, se enderezó rápidamente cuando el padre atravesó el corredor, dirigiéndose a la calle.

Transcurrieron los instantes precisos para que el Comandante Carlos Gerónimo Figuera atravesara el zaguán; pero a Efigenia le parecieron infinitos, porque

durante ellos estallaron en su cerebro un tropel de pensamientos que, para sucederse unos a otros habían requerido largoespacio de tiempo. Esperando oír el disparo inevitable le pareció que dilataba tanto que se preguntó mentalmente: ¿Cuándo sonará?

Por fin oyó. Algo espantoso que no se borraría jamás de su memoria: un quejido estrangulado, corto, angustioso como un hipo mortal, y luego el ruido del portón contra el cual había caído algo muy pesado.

Mucho tiempo después Efigenia recordó que entonces había dicho ella, lentamente y a media voz: ¡ya lo mataron!; y que afuera, en la calle, en todo el pueblo, en el aire, había un silencio horrible.

Luego comenzaron a oírse voces de los vecinos agrupados en la puerta. Lamentaciones de mujeres que parecía que hablaban tapándose las bocas con las manos trémulas de espanto:

-¡Ave María Purísima! ¡Dios me salve el lugar! Un hombre que decía:

-¡Lo sacó de pila!

Una voz autoritaria.

-No lo atoquen. Hasta que no venga el Juzgao no se pué levantá el cuerpo. Voces lejanas:

-¡Cójjanlo! ¡Cójjanlo!

Poco después, Juan Lorenzo, que se había quedado inmóvil en su asiento del corredor, vio que unas mujeres abrían la entrepuerta para dar amplio paso a los que traían el cadáver del Comandante Figuera. Cautelosamente fue deslizándose en el asiento hasta alcanzar el suelo y sin quitar la vista de la puerta por donde iba a aparecer aquella cosa horrible. Luego echó a correr hacia donde estaba la madre.

II

La otra Efigenia

Han transcurrido unos días. Un viajero que viene de Caracas se detiene en la casa de Efigenia y habla con ella.

-Bueno, comadre. Yo cumplí su encargo. Pero francamente le digo que me ha pesao, porque aquellas señoras tías tuyas, en cuanto no más les dije a lo que iba me saltaron encima, como unas macaureles. Y usted perdone la comparación.

A Juan Lorenzo le hizo mucha gracia y estuvo riendo largo rato.

-¡Como unas macaureles! ¡Ja, ja, ja!...

El hombre sonreía mirándolo tan regocijado.

-¡Ríete! Que ya vas a sabé tú pa qué naciste.

Efigenia sonreía también; pero su sonrisa era algo muerto sobre su rostro alelado. Luego dijo, sin haber recogido todavía aquella sonrisa que se le había quedado olvidada en la faz triste:

-¿Quiere decir que no están dispuestas a recibirme?

-Tanto como dispuestas no creo yo que puea decí; pero después que me tupieron con sus desahogos contra usted y contra el difunto mi compae, que en paz descansa, me dijeron que podía decirle a usted que qué se iba a hacer; que por lo visto ellas no tenían más misión en el mundo que estala recogiendo a usted y a lo que usted quisiera llevarles pa su casa. Porque sin yo estásela preguntando me soltaron toa la historia suya: que si su padre de usted se enredó con una mujer que no era igual a él y la tuvo a usted por trascorales: que si un día se presentó caje de ellas

con usted chiquita, porque se le había muerto la mujer y que ellas, como al fin y al cabo eran las hermanas de ella y les dio lástima vela a usted desamparada, la recibieron y la criaron como hija, para que después usted y que les pagara todo el cariño que le tuvieron saliéndose de la casa con el zambo Carlos Gerónimo. Asina mismo me lo dijeron.

Chupó el tabaco, haciéndolo girar entre los dedos y concluyó:

-Francamente, son bien espesas las señoritas esas. A lo que respondió Efigenia:

-En el fondo no son malas.

-Ya ve, lo que es en eso ni quito ni pongo. Lo que hago es decile lo que me dijeron, sin ganale naa, para que mañana no tenga usted que haceme cargos por no habele hablao con franqueza.

Guardó silencio. Efigenia lo miraba, con su mirada fija y distraída a la vez de persona ausente de la realidad exterior. Cohibido, el hombre bajó la suya y luego poniéndose de pies, dijo sin ver la cara a Efigenia con la áspera voz enternecida:

-¿Quiere decir que usted está dispuesta a dirse pa Caracas?

-¿Qué voy a hacer?

-Bueno. Que le resulte bien, comae. Yo sentiré mucho perderla de vista, porque la noche del velorio se lo juré al difunto que no la abandonaría a usted y al muchacho; pero no es de mi incumbencia atravesame en su voluntad. Y naa más tengo que decile, sino que si, en una comparación, alguna vez necesita usted de mí no tiene sino que llamame.

Y ya en la puerta despidiéndose:

-El mes que viene tengo viaje pa Caracas. Como usted y el chavalo no puen hacer el viaje a caballo, si usted

quiere dirse conmigo, yo le hago preparará una de las carretas pa que vaya más cómoda.

-Si usted quiere también hacerme ese favor.

-Es mi deber. Naa tiene que agradecerme.

Desde aquel día Juan Lorenzo, ajeno al sufrimiento perennemente pintado en el rostro de la madre, no hace sino anhelar por el viaje a la capital y ríe sabrosamente cuando piensa que va a conocer a las macaureles, que sólo de este modo llamaba ya a las tías de su madre.

Por fin llegó el día de la partida. En una lluviosa madrugada salió de Villa de Cura el convoy de carretas de Ramón Fuentes, que hacían el tráfico entre los pueblos más próximos del llano y Caracas. Iban cargados de quesos y de cueros de ganado, menos una en la cual, bajo un toldo formado con el encerado y sobre colchones que amortiguaban los batacazos, se colocaron Efigenia y su hijo.

Estuvo lloviznando casi toda la mañana. La marcha era lenta y trabajosa. Los carreteros corrían continuamente a lo largo del convoy acudiendo a sacar las carretas de los atolladeros o a ayudar a las mulas a repechar las cuestas resbaladizas. El tintineo de los arneses, el traqueteo de las ruedas en los baches, el perenne caer de la llovizna lenta y menuda; el dejo melancólico de los cantos de la tierra, a ratos en boca de los carreteros, aumentaban la monotonía del camino. A mediodía levantó el tiempo y roto el brumoso velo de la llovizna lució el verde tierno de los sembrados y el suave azul de los montes lejanos. Luego comenzó a calentar el sol con lo cual se hizo más fuerte la pestilencia de los cueros que iban en las carretas.

Bajo el toldo de la última del convoy, caliente como

un horno, Efigenia y Juan Lorenzo, molidos por el traqueteo de la marcha, entontecidos por la modorra, guardaban silencio. En posde ellos iba Ramón Fuentes, en un macho rucio. Durante las primeras horas del viaje había ido hablando con Efigenia cosas de su negocio, cosas del camino; pero ahora callaba también, bajo el peso del mediodía. De pronto dijo, dando curso a sus pensamientos:

-Comadre. ¿Y cuando Julián Camejo llegó preguntando por el compadre, usted no cayó en malicia?

-No.

-¡Caramba! ¿Y usted no sabía que ellos tenían un pique Viejo?

-Yo nunca supe nada de las cosas de Carlos Gerónimo.

-Sí. Ellos tenían un pique desde cuando Mano Carlos fue Jefe Civil de la Villa. Parece que el Julián Camejo ese tenía una mujecita y el compadre se la enamoró.

Y después de una pausa:

-¡Caramba! Si usted cuando vio que Mano Carlos salió acomodándose el revólver, se le atraviesa y no lo deja salir quizá se evita la desgracia.

Efigenia lo miró largo espacio y al cabo murmuró:

-Ya no era tiempo.

Nuevo silencio. Ramón Fuentes no se explicaba cómo Efigenia podía hablar de aquello con tanta impasibilidad.

-¡Caramba! No me explico yo como un zoquete como Julián Camejo haya podido pegase al compadre. ¡Un hombre como Mano Carlos, tan defenso! ¡Ah, hombre macho y faculto que era el compadre! ¡Y pa que vea! Vino a pegárselo un zoquete que era la sopa de too el

mundo en La Villa.

Efigenia oyó aquel bárbaro panegírico del marido como si se tratase de persona extraña.

¡Estaba tan distante de participar, ni aún de comprender aquella admiración del carretero!

Y sin embargo, aquel hombre de quien se trataba había sido su compañero durante seis años, y, lo que era todavía más absurdo: ¡había sido el amor de su corazón, la ilusión de su vida, durante algún tiempo! ¿Dónde había estado ella, la verdadera Efigenia, durante todo ese tiempo?

¿Quién había reemplazado a la ausente, a la verdadera Efigenia, a la que se crió en la casa de las tías Cedeño, en Caracas, que tocaba al piano, por fantasía, la Serenata de Schubert y cantaba con verdadero sentimiento romántico aquello de «Volverán las obscuras golondrinas», de Bécquer?

¿Cómo era posible que fuesen la misma persona aquella muchacha sentimental de antes y esta mujer embrutecida que venía ahora de La Villa, entre carreteros, en una carreta, con un hijotenido de su unión con el zambo Carlos Gerónimo Figuera, hombre rudo y brutal a quien asesinaron de un lanzazo en la puerta de su casa por haberle quitado la mujerzuela a otro?

Entretanto Juan Lorenzo ha estado oyendo la conversación; pero aunque sabe perfectamente de qué se trata tampoco se da cuenta cabal de la situación. La muerte de su padre lo impresionó por su aparato trágico, pero luego se convirtió para él en un hecho tan sencillo o tan sorprendente como son para los niños todos los hechos. En realidad para él nada había cambiado en la vida: antes había en su casa un hombre que llenaba el

ámbito con sus interjecciones groseras y en las horas de buen humor se las enseñaba a proferir a él; ahora ya no estaba, pero para él las cosas esenciales seguían como antes: su pensamiento incansable, el espectáculo del mundo siempre atrayente, su pequeño cuerpo ávido de correr, de saltar, su risa siempre dispuesta a derramarse en carcajadas... y allá, en el término de aquel viaje que por más aburrido que fuera nunca llegaría a fastidiarlo, una perspectiva nueva: Caracas, y en ella una cosa sumamente divertida: las tías Cedeño, ¡bravas como macaureles! ¡Ya tenía maquinadas una buena porción de travesuras para hacerlas rabiar!

Al atardecer el convoy se detuvo en una ranchería del camino. Ramón Fuentes se ocupó en preparar cómodo alojamiento para Efigenia; los carreteros despegaron las bestias y luego acudieron al trago en la pulpería dejando a la orilla del camino la hilera de carretas cargadas. Efigenia se embelesó en la contemplación del plácido crepúsculo que doraba la jugosa campiña aragüeña.

Entretanto Juan Lorenzo andaba por los corrales, conversando con unos arrieros que lo conocían. Cacareaban las gallinas subiéndose a las ramas de un totumo; un arreo de burros se abrevaba plácidamente en torno al estanque; las mulas de Ramón Fuentes se refocilaban en el revolcadero; el acre olor del estiércol saturaba el aire; cortando malojo en los pesebres unos arrieros cantaban un corrido aragüeño.

Tal espectáculo removía dentro del alma de Juan Lorenzo oscuras afinidades, burdos anhelos de la sangre plebeya. Para expresarlos fue en busca de Efigenia y le dijo:

-Mamá. Cuando yo esté grande voy a ser arriero. ¿Sabes?

-Véalo, pues -dijo Ramón Fuentes- cómo desde chiquito tiene inclinación al trabajo. ¡Eso está bueno!

Contemplando la estrella de la tarde Efigenia, la otra Efigenia, la que cantaba antes la Serenata de Schubert, le pidió a Dios que no se realizara el deseo del niño.

III

Las macaureles

Las Cedeño estaban en la ventana de su casa de la calle de San Juan cuando vieron detenerse frente a la puerta el convoy de carretas de Ramón Fuentes, en la última de las cuales venía Efigenia, bajo el aparatoso toldo que llamó la atención del vecindario.

Reconocer a la sobrina y cerrar la ventana, con gran estrépito y demostración de desagrado, todo fue uno. Antonia, la mayor de las dos solteras, con las venas del cuello ingurgitadas, decía ahogándose mientras se alisaba el cabello, que parecía que se lo hubiera despeinado el viento de la cólera que respiraba:

-¡Esto es el colmo! ¡Presentarse en una carreta, en una cuadra como ésta!

-¡Y a la hora en que todo el vecindario está en las ventanas! -agregó Mercedes, completando el pensamiento de la hermana, a tiempo que revisaba apresuradamente el orden y limpieza de la sala, como si preparase recibimiento a persona de categoría.

Entretanto Ramón Fuentes decía a Juan Lorenzo al bajarlo de la carreta:

-Ahora es que te quiero, ahijado. Prepara las nalgas que ya vas a sabé lo que es bueno.

Cosa extraña, Juan Lorenzo se había puesto muy serio, tal vez a causa de lo mucho que le había recomendado la madre que no fuera a reírse de las tías, y parecía emocionado.

En cuanto a Efigenia, no podría asegurarse lo que pasaba en su alma, porque su rostro conservaba puesta aquella máscara de impasibilidad que le daba un aire de total embrutecimiento. Con la mayor naturalidad penetró en la casa, como si volviese a ella al cabo de una corta visita al vecindario.

Pero cuando vio el patio familiar, fresco y penumbroso, con los viejos granados floridos, los ladrillos cubiertos de musgo, y en los tiestos de barro esparcidos por el suelo las macetas de novios del humilde jardín de la tía Mercedes, todo tal como estaba cuando ella abandonó la casa, la madrugada de aquel funesto día remoto para irse con el Comandante Figuera, dilató los ojos dolorosamente, como si fuese a echarse a llorar, y cuando llegó al umbral de la entrepuerta su corazón palpitaba con violencia esperando el asalto de las tías.

Pero las Cedeño no estaban en el corredor. Dominado el golpe de emoción, Efigenia tocó la puerta como una extraña. Nadie le respondió. La casa parecía sola, las puertas de los dormitorios estaban cerradas y no se apercibía un rumor.

Ramón Fuentes acudió:

-A ver, comadre, déjeme tocá a mí, pa que vea si lo que hace falta en esta casa es mano de hombre.

Y golpeó tres veces la puerta con los recios nudillos de sus dedos de carretero. El silencio de la casa retumbó

y oyose adentro la voz de Antonia Cedeño:

-Están tumbando la casa. ¡Qué escándalo!

A tiempo que aparecía en el corredor, poniéndose los espejuelos para preguntar:

-¿Qué se les ofrece?

-Gente de paz -respondió Efigenia-. Soy yo. Y Antonia, con un olímpico desdén:

-¡Ah! Eres tú. Pasa para adentro.

Detrás de Antonia acababa de aparecer Mercedes. Parecía muy ocupada en arreglarse una boa de plumas engrifadas que llevaba al cuello, aunque en realidad lo hacía para no ver a los recién llegados.

Juan Lorenzo, pegado a las faldas de la madre, pasaba y repasaba sus miradas de una a otra de las Cedeño. Y observó que Antonia tenía cara de pájaro picudo coronada de un copete de cabellos revueltos y mal teñidos, y que a Mercedes le acontecía más o menos lo mismo en cuanto al cabello, pero tenía más tersa y suave la piel de la cara y un aire más dulce en la fisonomía. Pero lo que estuvo a punto de desbordar su contenido deseo de reírse de las tías fue el haber descubierto la cantidad de venas que se marcaban, gordas y tensas en el pescuezo de Antonia. Seguramente era por aquello que su padrino decía que se parecían a unas macaureles, porque, en efecto, aquel pescuezo era un haz de culebritas paradas.

Mientras él estaba en esto, Mercedes había iniciado la conversación, preguntándole a Efigenia, por decir algo:

-¿Y tú viniste desde La Villa en esa carreta?

A lo que respondió Antonia, antes que lo hiciera la interpelada, con un tono sarcástico verdaderamente

inaguantable:

-¡Guá! ¿Y por qué te extraña, niña? ¡Es una carreta muy bonita y muy limpia, con su toldo muy gracioso! ¿No te has fijado? Es un lujo. Hasta tiene unas ramas de sauce que la adornan mucho.

Ramón Fuentes intervino, porque ya no podía contenerse:
-De sauce no, señorita; de lecherito. Usté como que no conoce las matas.

-¡Ah! ¿Tú ves, Mercedes? De lecherito. Son de lecherito las ramas ésas.

Plantándose de un modo que parecía que ahora pesaban más sobre el suelo, con las piernas separadas y flexionando las rodillas, Ramón Fuentes buscaba pelea, dispuesto a no quedarse con aquellas puyas:

-Sí, señor. De lecherito.

Efigenia oía el diálogo, inmóvil en medio del corredor y sin que un gesto se dibujase en su máscara trágica. Más que nunca parecía el cuerpo vacío de una persona ausente.

Mercedes Cedeño fingía estar muy interesada en quitarle algo que tuvieran las hojas de una mata de novios; pero se llevaba las manos a los ojos muy a menudo.

-Bueno, comadre -dijo por fin Ramón Fuentes-. Ya yo cumplí mi misión. Le digo adiós.

Quizá no nos volvamos a vé más.

La abrazó campechano sin verla a la cara, dio unas palmadas en las mejillas de Juan Lorenzo, mientras sacaba de la faja del cinto unas monedas que puso en las manos del ahijado diciéndole:

-Tome pa que tenga pa sus dulces.

Y tomó la salida soltando a las Cedeño un áspero:

-Buenas tardes.

-Que lo pase usted bien -respondió Antonia con afectada cortesía. Entretanto Efigenia le decía al hijo:

-Pídele la bendición a tu padrino.

-Que Dios lo bendiga -contestó Ramón Fuentes desde el zaguán. Y ya en la calle:

-Y lo saque con bien.

Juan Lorenzo seguía observando a las tías y como reparase que a Antonia se le estaban poniendo más gordas y tensas las venas del cuello, se dijo mentalmente:

-¡Concho! ¡Mírale las culebritas!

Y estuvo a punto de soltar la carcajada.

Pero algo inesperado y sorprendente acababa de suceder. Las Cedeño rompieron a llorar simultáneamente y se precipitaron en los brazos de Efigenia que por fin lloraba también.

Luego sonándose, Antonia dijo, con una voz nueva en ella, mientras se llevaba a Efigenia hacia adentro, todavía abrazada:

-¡Muchacha! ¡Tú no sabes lo que nos has hecho sufrir! Mercedes cargó con Juan Lorenzo y se lo llevó al comedor comiéndoselo a besos:

-¿Quieres comerte un bizcochito?

Juan Lorenzo se dejaba besuquear dócilmente. Aquello no era lo que él esperaba de las tías.

¿Por qué habría dicho su padrino que eran bravas como macaureles?

IV

Quesadillas de las Cedeño

Ha pasado esa hora viva y profunda en la cual toda alma da la suma entera de su bondad esencial en una acción, en una palabra, en un gesto. Las Cedeño vivieron esa hora cuando se arrojaron en los brazos de la infeliz Efigenia olvidando lo pasado y poniendo por encima de los prejuicios que les endurecían los corazones un noble y generoso sentimiento humano. Ahora rueda la turbia corriente de las horas muertas, en las cuales el alma yace sepultada bajo esacorteza que forma la vida y que se llama el carácter.

Pasaron los días de llantos y ternuras. Efigenia ha contado parte de sus tristezas, pero se adivina que no ha querido volcar completamente todo su doloroso secreto conyugal y por más que las tías la han acosado con sus preguntas, todavía lo guarda, con un noble pudor, en el fondo del hermético corazón dolorido.

Esto aviva la curiosidad de las Cedeño. A menudo se las hubiera podido oír, cuchicheando entre sí acerca de lo que ellas se imaginaban que haría con Efigenia aquel bárbaro Comandante Figuera, siendo tan firme la convicción que fundaban en sus gratuitas hipótesis, que cuando a unase le ocurría decir:

-A mí nadie me quita de la cabeza que cuando el demonio ese salía a sus fechorías en la calle le metía a Efigenia el moño entre las hojas del escaparate y se llevaba la llave, para que nopudiera moverse mientras él estuviera afuera.

La otra comentaba, como de cosa perfectamente averiguada:

-¿De veras, niña? ¡Lo mismo que el viejo Guzmán!

Y cuando hubieron inventado una buena porción de estas especies quedáronse satisfechas como si ya

conocieran el íntimo secreto de Efigenia.

Por su parte, las Cedeño, tampoco han referido a la sobrina muchas novedades.

-Nosotras, lo mismo que siempre. Llevando nuestra vida que es muy tranquila, y, a Dios gracias, no tiene capítulos feos.

Y Antonia Cedeño, revistiéndose de fiera majestad, reforzaba el pensamiento insidioso de Mercedes:

-Eso sí, tendremos que agradecerle siempre a la Divina Providencia: nos moriremos sin dejar una historia. Y miraba de soslayo a Efigenia para cerciorarse del efecto que le produjeran sus palabras.

Pero Efigenia no se daba por aludida y permanecía en su actitud enigmática, mirándolas serenamente, con aquellos ojos que habían presenciado el horror indecible.

Sin embargo, las Cedeño tenían también su misterio: un misterio de orden económico que administraba Antonia. Sin haber abundancia de nada, en aquella casa de mujeres solas no se sufrían privaciones mayores. El diario amanecía todos los días en poder de Antonia; pero no se veía por dónde entraba a la casa aquel dinero tan oportuno, que nunca faltaba ni sobraba. Si alguien hubiese intentado averiguarlo, Antonia Cedeño habría respondido, echando a andar, como para evitar preguntas indiscretas:

-Ésos son unos realitos que me quedaban por ahí.

Y siempre le quedaban precisamente los del día siguiente.

Había de ser Juan Lorenzo quien descubriera que con este misterio administrativo tenían relación las visitas que, entre semanas, hacía aquel señor Noguera que, siempre cerrado de negro, de paltó-levita y pumpá,

se presentaba con pasos menuditos y en llegando al corredor, de ordinario solo, tocaba con el bastón en la mesa y decía:

-Por aquí estoy yo, doña Antonia.

Antonia -nunca era Mercedes quien lo recibía-dejaba lo que estuviera haciendo, se alisaba el pelo, cambiaba los espejuelos de diario que tenían aros de alambre, por los que lo tenían de oro, y hacía pasar al señor Noguera a la sala. Allí estaban largo rato hablando paso de manera que ni detrás de la puerta se podía descubrir lo que se decían, al cabo de lo cual salía el señor Noguera diciendo, invariablemente:

-Despídame de Mercedita y de la muchacha.

Al oírlo por primera vez después de su regreso a la casa, Efigenia pensó que durante seis años el señor Noguera había tenido que suprimir en su despedida aquellas palabras que se referían a ella: y la muchacha. ¡Y esto le pareció tan doloroso! No por ella, sino por el señor Noguera, a quien tal cambio debió hacerlo sufrir mucho, pues era una de esas personas inmutables a quienes no se puede concebir sino como son y repitiendo toda la vida unas mismas palabras y unos mismos gestos.

Ahora el señor Noguera se había visto obligado a agregar unas palabras más en su despedida; pero para no modificar su costumbre las añadía cuando ya estaba en la puerta, poniéndose el pumpá:

-¿Y el trivilín? ¿Muy travieso?

-¡Insoportable!

Acto seguido aparecía Mercedes, porque se trataba de Juan Lorenzo y éste era su debilidad:

-¡De comérselo crudo! ¿Sabe usted lo que se le ocurrió ayer a esa criatura? -Y contaba la última

travesura del muchacho.

El señor Noguera se desmigajaba suavemente de risa.

-¡Ji, ji, ji! Vaya, pues, ya tienen ustedes con qué divertirse. Dénmele un coscorrónico de mi parte.

Y el señor Noguera se iba.

Pero llegó un sábado -era su día habitual- y el señor Noguera no apareció en la casa de las Cedeño. Tres días después Juan Lorenzo vio que las tías se vestían de negro para salir y notó que Antonia tenía los ojos encarnizados. Cuando ellas salieron preguntó a la madre:

-¿Para dónde van?

-¿No sabes? El señor Noguera se murió. Van para el entierro.

Juan Lorenzo permaneció un momento reflexionando y al cabo dijo:

-¿Y ahora quién va a traer los churupos?

-¿Qué es eso? ¿Qué estás diciendo?

-¡Guá! ¿Tú no sabes? Los churupos de la comida. El señor Noguera era el que los traía.

-¿Qué sabes tú. No hables tantos disparates.

-¿Que no? Yo lo vi un día. Me asomé por el agujerito de la llave y vi que él le daba a mi tía Antonia un paquetico de riales.

En los días siguientes flotó en el aire de la casa de las Cedeño una sombra de singulartristeza. Parecía que faltaba algo esencial, sin lo cual no era posible la existencia, como si el señor Noguera hubiera pasado allí todos los días de la suya, ocupando un amplio espacio, desempeñando una importante función.

A menudo decía Antonia, enjugándose una lágrima tenaz:

-¡Dónde volveré a encontrar otro señor Noguera!

Y Mercedes se entregaba a una inquietante actividad que tenía interesado a Juan Lorenzo. Abría baúles que siempre estuvieron cerrados, sacaba objetos nunca vistos por él: cucharillas de plata, pertenecientes a una fantástica vajilla que, según ella contaba, figuró en el banquete que un vago antepasado de ella dio en obsequio del General Boves, el año catorce, un cofrecito lleno de corales y azabaches, trozos de prendas viejas, hasta un pañolón de seda negra con grandes y descoloridas ramazones bordadas, que era precisamente el mismo que lucía en los hombros la abuela materna de las Cedeño, en el retrato que estaba en la sala.

Exhumando aquellos objetos que tenían historias, Mercedes hacía largas incursiones por el pasado brillante de las Cedeño para que Juan Lorenzo fuera conociendo los anales de la familia, que un tiempo fuera de las más mantuanas de Caracas.

Juan Lorenzo, con ambas manitas entrelazadas y metidas entre las rodillas, la escuchaba embobado, mientras la traviesa imaginación se le iba tras las sombras de los fantásticos abuelos de los cuentos de Mercedes, que tenían sangre azul en las venas, cosa que le parecía sumamente divertida, y dejaron enterradas botijuelas repletas de onzas de oro, cosa que lo hacía olvidarse de que la tía Mercedes era muy embustera.

Por su parte Efigenia, dándose cuenta de que aquel continuo rebuscar de Mercedes en los baúles objetos de algún valor era el anuncio de malos tiempos que habían de venir, se entregó también a la misma inquietante actividad. Una vez se presentó en el cuarto donde estaba la tía Antonia revolviendo un fajo de papeles, y le dijo mostrándole un collar de oro, grueso y pesado, que era el

único regalo que le había hecho el Comandante Figuera:
-Madrina, aquí tengo yo esto que debe valer algo y no me sirve a mí para nada. Disponga de él.

-No, hija. Guarda tus cositas. Todavía no hay gran necesidad; por ahí me quedan unos realitos. Aquí estoy jurungando estos papeles a ver qué es lo que se puede cobrar. Yo tenía unos centavitos de mis ahorros y el señor Noguera me aconsejó que los pusiera a premio. Él mismo hacía las evoluciones y con el producto de eso es que hemos ido viviendo hasta ahora. ¡Imagínatela falta que nos irá a hacer el señor Noguera!
Efigenia tuvo una idea:

-Y por qué no buscamos, madrina, algún trabajo que podamos hacer en la casa. Yo sé coser de sastre y eso lo pagan bien.

-No, hijita. ¡Trabajar tú! ¡Y con lo delicada que andas siempre!

Mercedes acudió providencial. Las quesadillas que ella hacía cuando necesitaba dar una cuelga tenían fama de ser las mejores de Caracas. Ya una amiga del vecindario le había insinuado la idea de hacerlas para la venta.

Antonia rechazó orgullosa. ¡Las Cedeño haciendo quesadillas! ¡Ella sabía ser pobre sin perder la dignidad!

-¡Cuándo! ¡Ni por un pienso!

Mercedes dijo que ella conocía muchas familias muy decentes y de lo principal que vivían de hacer hallacas para la venta y afirmó que no encontraba diferencia entre una hallaca y una quesadilla; pero todo fue inútil: Antonia no convenía en que anduviera rodando

por las calles su apellido, que era de los pocos apellidos respetables que quedaban en Caracas.

-¡Imagínense! ¡Que vayan a saber las Perales, esa gentuza de aquí al lado que nosotras estamos haciendo granjerías! ¡Cómo se reirían de nosotras que no hemos querido hacerles la visita de vecinas, para no enguachafitarnos! ¡No, no! ¡Déjense de eso!

Pero transcurrieron unos días, se fueron mermando los realitos que le quedaban por ahí y la perspectiva de amanecer un día sin el diario le quebrantó el orgullo. No obstante, como ella no daba nunca el brazo a torcer, esperó a que Mercedes insistiese en lo de las quesadillas, dispuesta -

¡qué iba a hacer!- a dejarse convencer de que no era deshonoroso aquel trabajo.

Insistió Mercedes. Antonia se defendió débilmente. Efigenia adujo razones muy sensatas y el punto previo quedó resuelto: Nada de particular tenía que se ganaran la vida haciendo granjerías.

-¿Y ustedes creen que eso dé para vivir?

-Por lo menos para ayudarnos.

-Pero ¿quién las saca a vender?

-Juan Lorenzo.

-¡Pobrecito! -dijo Antonia pasando la mano por los cabellos del niño-. Quién iba a decirte que la muerte del señor Noguera...

Pero se enterneció hasta el extremo de no poder continuar la frase. Mercedes completó el pensamiento trunco:

-Ahora va a ser él el hombre de la casa.

Y quedó decidido que desde el día siguiente comenzarían a hacer quesadillas que Juan Lorenzo sacaría a la venta.

Éste acogió el proyecto con muestras de entusiasmo y prometió que iba a vender una cantidad fabulosa de quesadillas. En la noche, al dormirse, soñó que iba por unas calles nunca vistas, muy largas y muy anchas, gritando su mercancía, con un canto muy bonito, parecido al que entonaba aquel muchacho que pasaba al oscurecer por la calle de San Juan pregonando pandehorno, abizcochado, caliente. Un canto de notas largas y melancólicas que le recordaba también el cantar de los llaneros que pasaban por La Villa con puntas de ganado.

Al día siguiente, después del almuerzo, le puso Mercedes en las manos un platón colmado de doradas y olorosas quesadillas.

-Ya sabes -le dijo mientras le abrochaba el saco para que no se pareciera a los muchachos del pueblo y establecer con la compostura del traje la conveniente distinción de rango social-. Ya sabes. No te vayas muy lejos. Coges por la acera de enfrente y caminas hasta la esquina de Los Angelitos; de allí te devuelves por esta acera. No se te ocurra cruzar en las esquinas porque te pierdes.

Y Efigenia:

-Mucho fundamento, Juan Lorenzo. Ten cuidado con el platón, no lo vayas a tumbar. Y Antonia:

-Oye una cosa. No entres a las casas de esta cuadra, porque en todas te conocen y van a descubrir que son de aquí las quesadillas. Ya lo sabes. Y cuidado como se te ocurre decir en alguna parte que las hacemos nosotras.

Juan Lorenzo sentía palpar con violencia su pequeño corazón. Era un momento decisivo de su vida y él lo vivía con la honda emoción de su trascendencia.

Todavía Antonia lo amonestaba, a punto de arrepentirse de haber convenido en aquella vergüenza:
-Óyeme bien. Casa de las Perales, aquí al lado, no entres ni que te llamen.

-¡Sí, hombre! ¡Yo sé! ¡Hasta cuándo!

Por fin se vio libre del asedio de las mujeres y salió a la calle. Todo cuanto le habían recomendado se le olvidó. Tomó una dirección que no era la que le había dado la tía Mercedes y en el primer portón que encontró, -¡en el de las Perales!- pegó un grito:

-¡Quesadillas de las Cedeño!

Las Cedeños lo oyeron claramente y les pareció que el mundo se les venía encima.

V

El escultor invisible

-¡Pónganle preparo a su muchachito!

Era la queja perenne en la puerta de las Cedeño, en la boca de todos los chicos que para vengarse de las maldades que les hacía Juan Lorenzo corrían detrás de él, y cuando no lograban alcanzarlo, porque se metía veloz en la casa, pegaban en la puerta aquel grito para que la familia lo castigase.

-Juan Lorenzo. Vente para acá. ¿No te he dicho que no te metas con los muchachos de la calle?

-Esos son embustes, mamá. Yo estoy aquí muy tranquilo.

Efectivamente, cuando lo decía estaba muy quieto y fundamentoso, haciendo como si leyera en un libro que encontrara en la mesa del corredor, o como si contemplara las matas de novia de la tía Mercedes.

Ésta, riéndole la travesura, acudía siempre en su defensa:

-Es verdad, niña. Él está aquí muy tranquilito. Y luego a Juan Lorenzo, bajando la voz:

-¿Qué le hiciste, mandinga?

-Que le metí una zancadilla, porque me estaba trabajando y lo tumbé patas arriba.

-¡Ah, diablito!

Pero cuando no estaba Mercedes por allí y era Antonia la que intervenía, el diablillo las pasaba amargas.

-¡Sí! ¡Muy tranquilo que estás, grandísimo hipócrita! Siéntate aquí en mi cuarto y ponte a leer.

Y lo hacía sentarse al lado suyo, en el dormitorio donde ella pasaba horas enteras, revisando una y mil veces los vales y pagarés que le otorgaron las personas a quienes, ahora ella prestaba dinero directamente y con mayores ganancias que las que obtenía cuando era el señor Noguera el intermediario.

Entretanto Juan Lorenzo, sometido a la tortura del Mantilla, bostezaba y desperezábase, sintiendo picazones en todo el cuerpo desde las primeras líneas. Para vengarse de la tía interrumpía a menudo la lectura verdadera y comenzaba a silabear, como si le costase trabajo leerla palabra que no estaba en el libro:

-U-na ma-cau-rel. ¡Una macaurel!

-¿Dónde dice eso? -inquiría Antonia severamente, intrigada ya por aquellas macaureles que a cada página estaba viendo Juan Lorenzo; en tanto que Efigenia, que estaba en el secreto de la ocurrencia, soltaba la risa tapándose la boca para que no la oyese la tía y cayese en la bellaquería del muchacho.

Éste leía unas líneas más y de repente preguntaba, invariablemente:

-¿Y hoy no voy a sacar las quesadillas?

-¡Eso sí te gusta a ti, vagabundito! Para estar en la calle reunido con todos los percurios, aprendiendo picardías.

En efecto, Juan Lorenzo había hecho rápidos progresos en la materia. Conocía ya todos los juegos plebeyos, de lo cual daban fe metras, chapas, botones y barajitas de cigarrillos que llenaban sus faltriqueras. Y había adquirido un extenso y procaz repertorio de refranes y calembures, que escandalizaban a las mujeres de su casa, especialmente a Efigenia, que veía con horror casi supersticioso, cómo estaban apareciendo en su hijo, bajo la acción del ejemplo callejero, los mismos modales groseros del padre.

Un día llegó a la puerta un muchacho preguntando por Juan Lorenzo:

-¿Qué está Mano Juan?

En la conciencia de Efigenia se produjo una aberración inquietante. Aquel momento presente había sido vivido por ella hacía mucho tiempo. Y hasta las mismas palabras con que respondió: -

«No, él salió desde esta mañana»- aunque eran sencillas y apropiadas a las circunstancias actuales le parecieron que estaban ya pronunciadas en su vida.

En efecto, era el pasado que volvía. Al día siguiente de haberse instalado en La Villa, en la casa del Comandante Carlos Gerónimo Figuera, su marido, había llegado Ramón Fuentes preguntando:

-¿Aquí está Mano Carlos?

Y ella había respondido: -No. Él salió desde esta mañana.

La coincidencia no tenía nada de misteriosa, salvo el que los amiguitos de Juan Lorenzo, casi todos de la

granjería de la Cañada de Luzón, por llamarlo hermano le dijese Mano Juan: como al Comandante Figuera decían Mano Carlos los suyos; pero sí era extraño que fuese ahora cuando ella venía a darse cuenta cabal de lo que pasó por su espíritu cuando oyó llamar de ese modo a su marido.

En realidad, desde aquel momento comenzó a comprender qué clase de hombre era aquel a quien ella se había entregado; pero entonces estaba bajo la misteriosa acción de aquella fuerza que le enajenara totalmente la voluntad desde el día en que, estando ella de visita en casa de unas amigas de El Empedrado, le acompañó en la guitarra una canción a Carlos Gerónimo Figuera que se hallaba también allí.

Ahora recomenzaba la historia. ¡Ya su hijo era también Mano Juan! ¡Y cómo iban apareciendo, día a día, en la faz del niño, los rasgos paternos, reveladores del alma burda y brutal!

¡Ya ella había experimentado vagas zozobras desde que empezó a darse cuenta de que, sobre el rostro del niño estaba trabajando un escultor invisible para reconstruir la obra destruida por el puñal de Julián Camejo!

La noche de aquel día, cuando desnudaba a Juan Lorenzo para que se acostara, le preguntó tímidamente:

-¿Por qué dejas que te llamen Mano Juan?

-¡Guá! Me dicen así por cariño.

-¿Y es que te quieren mucho esos muchachos?

-Sí. Pero es porque yo les tengo a monte a todos.

-¿Qué quieres decir con eso? Tienes unas maneras de hablar que no me gustan.

-¡Guá! Eso quiere decir que les mando grueso. ¿Tú crees que si yo no fuera así con ellos, me querrían?

Harían su sopa conmigo.

-¿Y por qué no buscas otros amiguitos? Hay por aquí muchos niñitos decentes que te querrían sin que tuvieras necesidad de ser malo con ellos.

-¿Los patiquines? ¡Hum! Ésos no sirven pa ná. Efigenia pensó con dolor: «¡Lo mismo que su padre!».

Y le pareció que era inútil insistir en arrancarle aquellos sentimientos plebeyos que estaban ya tan profundamente arraigados. Por otra parte, no se atrevía tampoco a hacerlo, asaltado de pronto su ánimo por el temor supersticioso a la presencia invisible del Comandante Figuera, redivivo en las palabras del hijo.

Y mientras éste dormía, siguió cavilando ella: nada de su ser había puesto para formar el del hijo. Sólo la sangre paterna estaba ejecutando la obra.

Y no podía ser de otro modo -pensaba- si cuando ella lo llevaba en sus entrañas no era propiamente una persona, sino un cuerpo vacío en el cual el alma -totalmente abolida la voluntad- era tan inútil como una luz que se queda olvidada en una sala cerrada y sola. ¿No habíarenunciado ella a sus derechos más legítimos sobre el hijo que iba a nacerle, puesto que había aceptado, sin protestar, que fuese su marido quien dispusiese de él, como si fuera suyo solamente, para escoger el nombre que había de llevar, la educación que se le daría y hasta el oficio a que se dedicaría? ¡Natural era pues que Juan Lorenzo no tuviese nada de ella, ni un rasgo en la fisonomía, ni un sentimiento delicado en el alma!

Y pensando así Efigenia tuvo, por la primera vez en su vida, la clara noción de su responsabilidad respecto al destino del hijo.

Mercedes Cedeño se acercó a ella y púsose a contemplar

la cara de Juan Lorenzo.

-¡Qué cosa más rara! -dijo-. ¿Tú no te has fijado en que este niño tiene dos caras? Una cuando está despierto: cara de malo; otra cuando está dormido. Entonces se parece mucho a ti. Fíjate. Es tu vivo retrato cuando estabas pequeña.

Una amplia ola de ternura maternal llenó el corazón de Efigenia. Agradeció las palabras de la tía que tan sabroso y oportuno consuelo habían venido a darle y bendijo los ojos que habían sabido verla a ella en la faz dulce y plácida del niño dormido.

VI

Mano Juan

El escultor invisible que tallaba en el alma del niño los duros rasgos paternos ha concluido ya su obra. Juan Lorenzo es ahora un muchacho fornido, malencarado, de trato áspero y violento. Las riñas callejeras le han endurecido hasta volverlo cruel; las costumbres plebeyas lo han convertido en una criatura desagradable ante quien su madre ha terminado por adoptar la misma actitud medrosa que observaba con el Comandante Figuera; le apuntaba el bozo, está mudando la voz y ya tiene en el gesto desfachatado y en las maliciosas miradas la marca ruin de los torpes apetitos, de los vicios precoces.

A pesar de las reprimendas de Antonia Cedeño - única que se atreve a encarársele-, ha adquirido una fiera independencia y se pasa todo el día en la calle. Ya no es útil para nada y sólo ocasiona disgustos y sobresaltos a la

familia: varias veces ha estado en la policía y una noche se presentó con el paltó cortado por navajazos que le tirara un muchacho a quien poco antes había aporreado.

En la parroquia su nombre de guerra es una voz de alarma: -¡Que viene Mano Juan!- y ya las madres están llamando a sus hijos, temerosas de que se los maltrate por quítame allá esas pajas.

Entre la granjería camorrista de El Guarataro, La Cañada de Luzón, Palo Grande, El Calvario, su personalidad era discutida y convertida en bandera de discordias. -¡A que tú no te pegas con Mano Juan!- se le responde siempre a las bravatas de los fanfarrones. -¡Qué vas a agarrarte tú con Mano Juan! ¡Con ese sí que se acabó el carbón!

Y no pasa día sin que venga alguno a decirle:

-Por allá por donde yo vivo hay uno que dice que tú y que le tienes miedo.

Juan Lorenzo no respondía una palabra; pero ya era cosa sabida: no pasaría mucho tiempo sin que el que tal dijese tuviera la nariz rota o un ojo hinchado por los tremendos cabezazos que tan famoso lo habían hecho.

Ni era menester tampoco que viniesen a azuzarlo: bastaba con que descubriese que en alguna parte había un guapo, así fuera de la cuerda de otro barrio de la ciudad, para que él se encaminara en su busca, y en topándolo, se le encaraba y le decía, de buenas a primeras:

-¿Tú y que eres el más guapo de por aquí?

-¡Guá, chico! ¡Yo no sé le pero me escriben! A mí todavía nadie me ha pisao el petate.

-Pues mira que yo te lo puedo pisá. Soy Mano Juan. ¿No me has oído nombrá? ¿Quieres echate una agarraíta conmigo?

A veces se iban en seguida a las manos; pero generalmente se daban cita para un lugar solitario, fuera de poblado y en campo neutral, donde ni hubiese el peligro de la policía ni el singular combate degenerase en una riña de cayapas a causa de la intervención de las respectivas cuerdas. Pero cuando trascendía la noticia de estos desafíos los amigos de ambos contendores se trasladaban al sitio convenido para presenciar la pelea.

Juan Lorenzo solía presentarse vestido de limpio y con lo mejor de su indumentaria, como para darle al acontecimiento toda la importancia que para él tenía. Y como alguno de sus amigos le dijese:

-¡Vale! ¡Vienes como un papel de cogé moscas! Él respondía, fanfarrón:

-¡Es que yo me enjoyo pa peleá!

Del sitio, casi siempre regresaba vencedor, seguido de la turba de sus admiradores que iban comentando a grandes voces su habilidad y destreza de gran tirador de cabezazos. Fiero y ceñudo, vibrantes los músculos de la cara por la contracción tetánica del maxilar, caminabalargos trechos todavía con los puños apretados y el pecho hirviendo de cólera. Un día, después de una riña difícil y encarnizada que duró cerca de dos horas, cayó en medio de la calle presa de un ataque de epilepsia, a consecuencia del cual estuvo una semana en cama con un mareo constantey una absoluta pérdida de voluntad.

De este modo, Juan Lorenzo acabó con todos los prestigios parroquiales y llegó a ser, él solo, el guapo caraqueño, en torno de cuya fiera personalidad se formó muy pronto una pintoresca leyenda. Eco de ella se hacían especialmente los chicos que se iniciaban en la vida azarosa de las cuerdas, en el calor de sus ponderaciones

Mano Juan aparecía con las características del bandido generoso: protector de los débiles, amparo de los pequeños, terror de los roncones, azote de las cayapas, pasmo de los policías, de cuyas manos -decíase-, había arrebatado muchas veces a los muchachos que llevaban arrestados, así fuesen enemigos suyos; hazañas éstas, que, principalmente, fueron las que más simpatías le conquistaron en el ánimo de la chiquillería sediciosa. En sus juegos todos querían ser manojuanes, y hubo muchos que, para conocerlo, se aventuraron a internarse en sus peligrosos dominios de la parroquia de San Juan.

Sólo de uno se sospechaba que podía rivalizar con él: Gregorio el Maneto, un zambo de más edad y cuerpo que Juan Lorenzo, muchacho de verdaderas averías, más malo que Guardajumo, capataz de una de las cuerdas de El Teque, nombre que se le daba a un barrio de la parroquia de Altigracia; donde tenían su feudo los más temidos fascinerosos de Caracas. Pero ambos habían hecho siempre buenas migas, porque el Maneto era hijo de una antigua lavandera de las Cedeño y desde chicos habían sido vales corridos, suerte de pacto de alianza contra el cual nada habían podido insidias de sus respectivos secuaces, por mucho que vinieran azuzándolos.

-Ése es vale corrido mío -respondían siempre-. Nosotros no nos tiramos.

Sin embargo, en el fondo de esta camaradería existía un mutuo recelo: ambos se temían y se vigilaban y ya esto era una semilla de odio que un día u otro habría de reventar.

El curso de los acontecimientos dio lugar a ello muy pronto. Un día fueron a decirle a Maneto:

-¿Tú sabes? Mano Juan como que se quiere volteá pa los patiquines. Hace noches que están yendo a la plaza de Capuchinos unos de la cuerda del Capitolio que le hacen muchas fiestas y él se las deja hacé.

Nombrarle al Maneto la cuerda del Capitolio era tocarlo en lo más vivo y vehemente de sus odios. Movidó por los implacables instintos de su sangre mulata había jurado guerra sin tregua a los jovencitos de aquella cuerda aristocrática que se reunían en los alrededores del Capitolio, y casi todas las noches, a la cabeza de la horda de El Teque, los atacaba en sus dominios sin que todavía hubieran podido parársele una sola vez, tal era la violenta pedrea con que les caía encima por sorpresa. Ahora venían a decirle que Mano Juan, que al fin y al cabo era su rival, ¡hacía causa con sus enemigos naturales! Y el Maneto respondió con una sonrisa siniestra:

-¡Ah malaya sea verdá! Eso va a sé su perdición.

VII

La rebelión

Era cierto. Y no sólo que Juan Lorenzo recibía con agrado las visitas de aquellos parlamentarios que le enviaba la cuerda del Capitolio para ganárselo a partido, sino también que hubo noches que faltó al corrillo de la plaza de Capuchinos para asistir a la del Capitolio.

Entre éstos había muchos jóvenes que conocían por propia experiencia lo tremendo de los cabezazos de Mano Juan, no obstante lo cual lo recibieron con grandes agasajos. Él se dejó seducir y le cogió el gusto a las tertulias de aquella granujería más refinada y hasta más

audaz que tenía el campo de sus fechorías en el corazón de la ciudad y era el azote de los transeúntes y el brete de la policía.

Frecuentándolo sufrió la influencia del grupo que a la larga lo descentraría de su medio natural, que era el pueblo, y adquirió compromisos que modificaron su conducta. Las Cedeño se sorprendieron gratamente un domingo como lo viesen muy empeñado en sacarle lustre a los zapatos y dispuesto a ponerse el flux de casinete que ellas le habían regalado el día de su santo y todavía no había querido estrenarse, receloso de que lo llamasen patiquín de orilla sus desarrapados amigos.

Éstos, cuando lo vieron con aquel flamante traje ominoso, decidieron separarse de su amistad y camaradería, y en efecto, cuando Juan Lorenzo, en la noche, pasó por la plaza de Capuchinos, los que allí estaban se dispersaron al verlo, con lo cual él comprendió que ya no eran amigos suyos. Por su parte el Maneto, sintiéndose fieramente dueño absoluto de todas las voluntades agresivas de su cuerda, planea el golpe definitivo y acecha la ocasión. Un día se le vio acompañado de su estado mayor, recorriendo el campo que ya habían escogido para el avance de piedras decisivo al cual desafiaría a la cuerda enemiga, sitio que era la Sabana del Blanco. Tomaba posiciones, trazaba el plan del asalto, y en lugares disimulados por mogotes hacía esconder buenas provisiones de guarataras. Su mesnada lo obedece sin discutir sus órdenes, entusiasmada, fanatizada por el rencoroso ardor en que hierve el caudillo.

No así Juan Lorenzo. En aquel grupo de jovencitos de familias distinguidas y adineradas hay dos que son los

que verdaderamente ejercen el mando de la cuerda: los Arizaleta. Ellos son los que dan la orden de salir a batir esta o aquella parroquia, y en las noches de paz ellos son quienes ponen los juegos y dirigen el tema de la conversación. Por tradición de familia los Arizaleta estaban acostumbrados a dominar en las agrupaciones de que formaban parte. En la cuerda del Capitolio se les calificaba de recalcitrantes.

Como todos los demás de aquel grupo Juan Lorenzo se sometió al dominio tácito de los Arizaleta y aunque no se le escapaba que él era allí una fuerza efectiva, especie de brazo armado que la cuerda tenía dispuesto a esgrimir contra el enemigo natural que era el Maneto, cosa que le ponía en verdaderos compromisos, pues no quería verse en el caso de pelear con aquel compañero de la infancia, aceptaba que lo postergaran y hasta prescindiesen de él cuando no se trataba de repartir cabezazos o entendedérselas con agentes de policía.

Sin embargo, a veces se le encrespa la índole levantisca y dominadora e intenta imponer su voluntad; pero se discuten sus ideas, se rebaten sus argumentos, se le acorralla con razones más elocuentes, se le aturde haciéndole notar los disparates que sostiene, y entonces, reconociendo su inferioridad, abochornado de la pobreza de su inteligencia, calla y se plega a la voluntad autoritaria de los Arizaleta.

En esos momentos experimenta la nostalgia de su antiguo señorío de la plaza de Capuchinos, donde no había quien le chistara y echa de menos la reunión de la plebe zafia y brutal, como un váquiro enjaulado la compañía de la manada cerril; pero no es capaz de las resoluciones enérgicas: ni imponerse, ni liberarse. Algo

le han echado allí dentro del alma que lo está transformando y produciéndole sentimientos que él no podría discernir, pero que le dejan en el ánimo un fondo turbio de inquietudes sin nombre, de anhelos sin forma de aspiraciones concretas, de áspera taciturnidad, de tristeza de sí mismo.

Una noche dice uno de los Arizaleta, contemplando la fachada de la Universidad.

-Dentro de dos meses estaremos nosotros ahí, estudiando derecho.

Juan Lorenzo no sabe lo que es eso de estudiar derecho y lo pregunta ingenuamente.

-¡Guá, chico! Lo que se estudia para ser abogado. Para defender pleitos, ¿no sabes? Con esa profesión se gana mucha plata. Si no que se lo pregunten al viejo de nosotros que con tres pleitos que defendió en Barlovento se puso en las tres mejores haciendas de cacao de por allí. ¡A hacienda por pleito!

La marejada de la ambición comienza a subir en el corazón de Juan Lorenzo. Después de los Arizaleta, todos los de la cuerda han ido exponiendo sus aspiraciones para el porvenir: uno va a trabajar en la casa de comercio de su padre, que es de las más fuertes de Caracas; otro se propone hacer un viaje a Europa; otro tira hacia la política y asegura que llegaría a Ministro, por lo menos, como su tío... Juan Lorenzo se pregunta interiormente: «¿Y yo qué seré?». Pero no halla qué responderse, y la marejada de la ambición sin propósitos concretos se le encrespa y le pone el humor áspero y sombrío.

Otra noche faltan a la tertulia los Arizaleta porque hay baile en su casa. Casi todos los compañeros han sido invitados. Juan Lorenzo va a verlo por la barra.

El lujo de la casa lo deslumbra, el espectáculo de las mujeres lujosamente aderezadas lo turba, la animación de sus postizos compañeros que están en el baile le produce envidias que lo deprimen; pero todo se lo hacen olvidar las miradas dulces y las ingenuas sonrisas que le dirige Mary, la hermanita menor de los Arizaleta, que está sentada, junto a otra niña, en la ventana donde él forma barra.

La había conocido una de aquellas tardes. Iba él con Manuel Arizaleta y entró a su casa a dejar los libros. Mary se asomó al portón. Era una chiquilla encantadora, de ocho o nueve años a lo más. Rubios crespos le bailaban en torno al gracioso cuello; llevaba un traje color crema, con una faldita muy corta con muchos pliegues y faralaes, que hizo pensar a Juan Lorenzo que se parecía a un pollito. Mary, que ya sabía por su hermano quién era él, le preguntó candorosa e ingenua:

-¿Tú eres Mano Juan?

Juan Lorenzo le había respondido, todo cortado:

-Así me llaman.

Y ella:

-A mí me dicen Mary; pero mi nombre es María Margarita.

Aquella tarde a Juan Lorenzo le había acontecido algo muy singular: se había quedado viendo el crepúsculo que tenía unos colores muy tiernos, de oros pálidos, rosas suaves y dulcísimos azules, y no sabía por qué, pero le recordaron a Mary.

Ahora ella le dice a su amiguita, en secreteos que Juan Lorenzo oye claramente:

-Mira. Ése es Mano Juan -y sonrío viéndolo con inocente picardía.

Cuando ella se quita de la ventana Juan Lorenzo abandona la barra. Calle abajo se va cavilando, cosas gratas, cosas desapacibles, que le forman en el alma una sola masa turbia de sentimientos melancólicos. A intervalos experimenta oleadas de ternura hacia la niñita que lo admira y le sonrío cariñosa; luego le pasan por el ánimo tufaradas de amargura, de tristeza de sí mismo, de rabia insensata que él no sabe contra quienes la siente.

De pronto, al doblar una esquina, se encuentra con el Maneto que viene con unos de su cuerda, seguramente de alguna fechoría.

-¡Guá, Mano Juan! ¡Qué caro te vendes ahora!

-¡Chico! Me vendo por el mismo precio.

-¡Jummm! ¿No me estarás queriendo ganá mucho? - Y lo mira de pies a cabeza con aire insolente.

-¿Qué me quieres decí con eso?

-Que como tú ahora andas reuniéndote con la crema, se me figura que debes creé que estás montao al aire.

-¿Y a ti qué te importa?

-No es que me importe; es que me da risa.

Pero como advirtiese que Juan Lorenzo, movido por un reflejo maquinal, con un golpe eficaz y rápido del índice se había echado hacia atrás el sombrero, lo que anunciaba que estaba presto a disparar el célebre cabezazo volado con que se abría siempre en pelea, agregó tratando de recoger algo del veneno de sus insidias:

-Yo no comprendo, valecito, cómo un muchacho tan completo y tan macho como tú se pué encurruná con esos patiquines que no paran ni papelón.

Juan Lorenzo se ablandó al halago y el turbio

despecho de sí mismo que ya lo traía propenso estuvo a punto de salirse en una explicación de la conducta que le vituperaba el Maneto y que en aquel momento valía por un arrepentimiento de haberse alejado de su medio natural que era el pueblo; pero su interlocutor, que ya se había preparado y cambiado con los suyos una mirada inteligente, volvió al terreno de las provocaciones:

-¡Busca tu cuerda, chico! Cá uno debe andá con los suyos y no está echándose de que pué mirá más arriba de sus ojos. Esos patiquines te quedan grandes. Sapo no vuela ni que gavilán lo eleve.

La injuria era de las que debe despachurrar sobre la boca del que las profiere; pero Juan Lorenzo vaciló y perdió tiempo, por primera vez en su vida.

Viéndolo tan indeciso y turbado el Maneto lo atribuyó a miedo, y cargó resuelto:

-Acuérdate del dicho: cuando un blanco se encuentra de un negro en la compañía...

-Eso es contigo.

-¡Y contigo, valecito! ¿Qué te estás pensando tú? ¿Tú crees que todos no sabemos quién eres tú?

Juan Lorenzo tuvo una nueva debilidad:

-¿Quién soy yo? ¿Qué saben ustedes? Y el otro, manoteándole en la cara:

-En tu casa hacen dulces, como en la mía, y tú los sacabas a vendé a la calle, como yo.

Bastantes quesadillas te compré. Y últimamente: tu familia no es mejor que la mía.

-No te metas con mi familia, porque no te lo aguanto.

-¡Que no me lo aguantas! ¿Tú quieres que te hable más claro? Tu taita no era sino uncantador de canciones de El Empedrado.

Juan Lorenzo sintió en el rostro como si lo picasen avispas. Su historia estaba en boca de aquellos muchachos de la calle, rodando por la calle, y algo que no era miedo, pero que era más poderoso y abrumador que el miedo, detuvo el impulso que iba a lanzarlo contra el Maneto.

Éste seguía diciendo, envalentonado y con la mala sangre hirviente de odio:

-¿Qué vas a hacer? Zúmbame pa que te saques tu lotería. Si hace días que yo andababuscándote para decite too esto. Y más te digo: tu mamá...

Pero no concluyó la frase, porque Juan Lorenzo se le arrojó encima, lívido de cólera y de dolor, y sujetándolo por las muñecas le descargó dos tremendos cabezazos que le imposibilitaron para defenderse.

Aturdido, gemía cobarde el zambo:

-¡No me tires más, valecito!

Juan Lorenzo lo soltó con un gesto de asco. Y encarándose con los compañeros del Maneto:

-¡Sálganme ahora ustedes uno a uno!

-No, Mano Juan. Nosotros no nos metemos contigo.

Viéndoles las caras lívidas de miedo, Juan Lorenzo les volvió la espalda diciéndoles:

-Eso es lo que son ustedes. ¡Cobardes! ¡Faramalleros!

Y fue así como Juan Lorenzo Figuera, el hijo de Mano Carlos que era un hombre de la plebe, rompiendo con el Maneto, se rebeló contra su casta.

Caracas, 1922

LOS AVENTUREROS

I

A la legua trascendía que el doctor Jacinto Ávila no estaba hecho para aquella suerte de andanzas; peñas arriba, por un camino angosto y fragoso, sobre una mala bestia alquilona, bajo un sol que abrasaba, a mediodía en punto. Avilita -como le llamaba todo el mundo- debía sufrir mucho con el zangoloteo de la cabalgadura, el rigor del meridiano, la desazón del fastidio, y con aquellas ingratas caricias que al pasar le hacían en el rostro las ásperas ramas de la maleza que tapaba el sendero de la montaña, por el que iba, paso entre paso, y tal debía de tener dequebrantados los miembros y molidas las carnes, que no hallaba ni qué cara poner ni cómo acomodarse en la silla. Además, no parecía llevarlas todas consigo, cual se colegía por las recelosas miradas que a menudo echaba en derredor y por la significativa precaución de llevar la mano a la cañonera de la montura, cada vez que se acercaba a algún recodo o desfiladero sospechoso del camino, o percibía rumor como de acecho entre los jarales.

Sin embargo, Avilita no iba todo lo mohíno que fuera de esperarse. Por momentos se le desenfadaba la faz, iluminándosele con una expresión de complacencia maligna, como quien se regodea con el pensamiento de la propia maldad. A veces el contentamiento subía hasta entusiasmo, y dejando el arzón y la rienda, con perjuicio

del equilibrio, se restregaba las manos, con lo que dejaba ver a las claras que algo llevaba entre ellas, y luego, olvidando los riesgos y molimientos que le traía el andar por aquellas escarpas, se engolfaba en gratos pesares, a media voz y risueño, dejando a la mal andariega mula concertar el paso a lo que buenamente le dieran sus flaquezas, hasta que uno de los peor dados de ella le volviera en sí con gran sobresalto. Pero entonces le acontecía descubrir a uno que lo observaba desde lejos y que de pronto desaparecía, como por encanto, con lo que volvía Avilita a la querencia de su recelo y por buen espacio se mantenía sobre aviso.

Iba este que lo espiaba, a lo que la distancia dejaba ver, montado en una mula blanca, tan diestra en el encaramarse sobre los más eminentes riscales, como ágil en el desaparecer por no sospechados atajos, de la baquía de cuyo jinete era la suya señal poco tranquilizadora, dada la circunstancia de que según todos los indicios, éste no hacía camino determinado, ni andaba por ninguno propiamente, sino por los arrezafes y vericuetos y con el solo objeto de espiar al que venía por el sendero. Así, unas veces aparecía a buena distancia por delante de Avilita; otras a sus espaldas y tan próximo que era como estar entre sus manos; y tan pronto estaba a la derecha como a la izquierda del camino, sin que nunca pudiera descubrirse cuándo ni por dónde lo cruzara. La última vez que apareció pasó tan cerca de Avilita, que éste recibió en la cara el resoplido caliente de la bestia que, como un disparo, saltó de improviso de entre la maleza del camino, ágil lo atravesó como al vuelo, de un salto ganó el talud opuesto, y desapareció otra vez, hendiendo el gamelotal tan alto y tupido que tapaba al

jinete.

Tan brusco y rápido fue todo esto que Avilita apenas si tuvo tiempo de refrenar su bestia para no ser arrollado en el ímpetu de la otra; y lejos iban ya ésta y su jinete, mientras él, no bien repuesto de la sorpresa, permanecía en el propio lugar de ella, esperando por momentos el asalto inminente, sin quitar la vista del gamelotal que ya no se movía. Y así estuvo hasta que a lo lejos, sobre una cumbre rotunda, apareció la mancha roja de la cobija que llevaba extendida sobre el arzón el supuesto espía, cuya silueta luego desfiló sobre el cielo a todo lo largo de la cresta roqueña en que remataba por aquel lado la serranía, y desapareció, finalmente, entre las neblinas cimeras.

II

El doctor Jacinto Ávila tenía sobradas razones para temer una acechanza en aquellos apartados parajes por donde a la sazón merodeaba en son de guerra el famoso y temido insurgente Matías Rosalira, cuyo feudo y correderos eran desde mucho los riscos, vertientes, caminos, bosques, rastrojos, caseríos y todo cuanto se encerraba en la vasta serranía, en la que, mejor conocido con el nombre de El Baquiano, gozaba de mucho prestigio.

Decíase de él que tenía un exterior atractivo, y que por las buenas era una excelente persona, afable en su trato, comedido con los extraños, generoso con los suyos y hasta noble y leal: y aún bien que por lo que se daba a entender tales lealtad e hidalguía no le obligaban a

mucho y sólo consistían en no haber herido nunca a mansalva, ni cometido traición o alevosía, ni en el débil haberse ensañado, a ellas debía el gran ascendiente que tenía sobre los montañeses. Además, era gran derrochador, servicial, obsequioso y tan amigo de tener la casa llena de los suyos en fiesta, como de acudir donde las ajenas con su socorro cuando fuera menester. Todas las que, con otras cualidades suyas, le hacían tan popular que no había persona de las que le trataran que no le fuera afecta, no siendo parte a disminuirle el que le tenían sus adictos, ni la autoridad que sobre ellos ejercía, ni el vasallaje a que los obligaba. Disfrutaba, así mismo, del favor de las mujeres, aunque era cosa sabida que no las trataba blandamente así que le pertenecían, ni les era fiel por mucho tiempo; mas, como era insinuante, buen mentidor y amigo de enamorarlas y adquirirías por modos extraordinarios, casi siempre novelescos, nunca hubo una a quien requiriera inútilmente.

Su última aventura galante tuvo gran resonancia. Era ella de una de las más acomodadas y campanudas familias de un pueblo de los que había a las faldas de un monte, y enamorose de él con tanta vehemencia que no valieron razones, ni ruegos, ni amenazas de los suyos, y así, cuando El Baquiano quiso tomarse lo que no querían darle buenamente, encontró la voluntad de la muchacha tan rendida a la suya, que a poco de proponérselo ya estaba ella con él, camino de la montaña.

En ésta la noche era tan cerrada y tan espesa que daba trabajo avanzar por entre ellas; largos truenos rebotaban de cumbre en cumbre y caían dentro de los barrancos rebotándolos de ruido, por las torrenceras bajaban mugidoras aguas, llovía, y a ratos se oía venir

derrumbes. Con tales rigores, además de sus zozobras, iba la robada transida de pavor y lloriqueando para que no siguieran, con cuyos melindres y con el continuo resbalar de las bestias, que repinaban trabajosamente la cuesta barrial, comenzaba Rosalira a perder la paciencia y a renegar de la aventura. De pronto un derrumbe. Matías, más experto, obligando a su bestia a un salto desesperado, púsose en salvo, pero la mujer fue arrollada por el alud y arrastrada al barranco entre un fragor de peñascos que rodaban desgajando los matorrales. Fue la única vez que la montaña estuvo en contra del Baquiano; pero él no le guardó rencor por ello.

Por lo demás, era en extremo supersticioso, buen devoto de la Virgen del Carmen, en cuyo nombre lo mismo daba una limosna que una puñalada y se sabía una porción de oraciones y ensalmos en cuya eficacia creía a pie juntillas; profesaba un respeto inviolable a la madre, a quien nunca hablaba puesto el sombrero ni alterada la voz, y un odio profundo, feroz e invencible al extranjero. Podría tener cuarenta años y nunca se le conoció padre, lo que daba pie a multitud de curiosas versiones a propósito de su origen, siendo voz general que descendía de gente de rango venida a menos, y los más fantaseadores aseguraban que venía, por línea de varón, de un remoto señor que según las leyendas de la montaña, habitó en un castillo roquero, ya en ruinas, y que, aunque nadie lo había visto, existía entre unos riscos inaccesibles que a manera de almenas había en las crestas más altas de la sierra entre nieblas perennes. Y como Matías desaparecía de tiempo en tiempo, sin que se supiera donde se metía, los montañeses aseguraban que era en el castillo fantástico, cuyo camino sólo él conocía

y donde, naturalmente, había tesoros escondidos.

III

Revelose la hombría de El Baquiano, cuando tenía veinte años, por Pascuas, una tarde de joropo, embriaguez y sangre. Dividíanse para entonces las montañas en dos bandos hostiles: los guarubas de un lado de la fila, y del otro, los del Riscal. Reunidos estaban estos, desde la Noche Buena, en uno de los ranchos del caserío, donde bailaban, cuando a cosa de las tres, apareció por los alrededores una partida de los guarubas, entre los cuales venía Cupertino, negrazo feroz y sanguinario, cacique de ellos y terror de todos los contornos. Traían mal disimuladas bajo las cobijas los relucientes linieros, y una intención manifiestamente hostil, con todo lo cual se acercaron a la puerta del rancho a ver el joropo.

En el caney bailaban desprevenidos; en un rincón Matías descabezaba el sueño y punteaba el arpa a la vez, tan suave y dormidamente que apenas se oía, chischeaban las marcas unísonas con los pies de los bailarores y al compás, a intervalos una voz desapacible canturriaba el pasaje intrincado y sin fin... De pronto cunde un murmullo: el aire que respiran produce escozor. Estornuda uno, y luego otro, todos después. Los de la barra les hacen corro de chacotas, provocativamente; la refriega se viene encima, las mujeres tratan de retener a los hombres que ya no bailan sino forcejean; por momentos la atmósfera se hace irrespirable, es fuego en las fauces y en los cuerpos sudorosos; el barullo crece de

punto y ya se oyen afuera ruido de armas que se aperciben ostensiblemente.

-Pare el golpe, compañero -le grita uno a Matías, que no se había dado cuenta.

-¿Qué pasa?

-Que han echao ají.

Soltaron el trapo a reír los de afuera y sus parejas los de adentro, y pronto en todos los ojos relampagueaban miradas feroces, y en las manos fierros siniestros. Abriéronse los guarubas a pocos pasos del rancho en espera del ataque, y como los de adentro no salían, comenzaron luego a desafiarlos con insultos y rechiflas; y entre todos el que más voces daba y mayores improperios decía, era el negro Cupertino, enemigo jurado de los risqueros y ahora más que nunca por el desaire que le habían hecho no invitándolo al joropo, como era costumbre y ley de todos los moradores de la montaña. Oíanlo los de adentro y mirábanse unos a los otros, conteniendo el aliento, fijos los ojos en la puerta por la que entraba el vozarrón del Negro, a cuyo reto no atendían aunque amenazaba ya pegarle fuego al rancho para obligarlos a salir, tal era la sugestión de pánico que ejercía sobre todos, cuando de pronto Matías, sin decir palabra, de un salto se puso fuera del caney y tan luego estuvo sobre el Negro, que por no creer que le salieran perdió la serenidad, que era fama que nunca le había faltado, y con ella la vida en un santiamén. Desplomose el Negro, rebanada la cabeza, por cuya ancha herida se le iba en borbotones toda la sangre, y viéronle caer los suyos que a pocos pasos más allá se agrupaban, sin que ni uno se moviera a acudir en su defensa, tal estaban de asombro, mudos y clavados en el suelo, como de la

misma manera en la puerta del rancho los amigos de Matías. Con lo que había tan gran silencio y tal ansiedad que daba miedo pensar en lo que sucedería cuando volvieran en sí.

Y lo que sucedió fue que de repente, a un mismo tiempo, todos se abalanzaron unos contra otros y se acuchillaron encarnizadamente. El que más cuchilladas dio fue Matías, y cuando derrotados los guarubas emprendieron la fuga, él se ensañó en perseguirlos, y los llevó hasta sus propios ranchos a plan de machete.

Lo persiguió luego, a su vez, la Justicia por la muerte del Negro que era Comisario de la montaña, y Matías, seguido de unos cuantos, huyó a los bosques y se hizo bandolero.

Muerto el Comisario, los odios que éste había sembrado y los que suscitó su muerte, comenzaron a estallar, y se formaron tantos bandos como caseríos había en la montaña, con lo que empezaron a surgir capataces y montoneras, y al poco tiempo hubo tantos que no fue posible transitar sin riesgo por aquellos parajes.

De todos los caciques el más famoso era Matías Rosalira, a quien llamaban ya El Baquiano. Partía para él la fila de la montaña en amigos y enemigos a todos sus moradores, pero todos lo acataban como a más fuerte, más audaz, más aguerrido y baquiano entre todos. Fatigada tenían ya a la justicia sus depredaciones y fechorías, pero como no había esperanzas de cobrárselas, y además, podía ser que conviniera más hacer las paces con él, la misma autoridad que lo perseguía resolvió hacerlo suyo, nombrándolo como al negro Cupertino, Comisario General de la montaña.

Juró lealtad Matías, que en el fondo no dejaba de tenerla, a su manera, y tomó tan a pecho la comisión de pacificar que se le había encomendado, que no se dio tregua hasta someter a los cabecillas facciosos. Y como tenía don de mando, y se daba tanta maña para atraerse la voluntad de los hombres, a vuelta de poco no había en todos los contornos sino amigos suyos, porque a los que por las buenas no habían querido serlo, los exterminó sin piedad, con lo que quedó la montaña en paz y sólo él dueño de ella.

A fuero de tal, dirimía las querellas, administraba justicia, cobraba impuestos a los terratenientes, y sin reparo ni consulta, sino a todo su talante y beneficio, dictaba leyes y repartía privilegios sin que nadie se atreviera a discutirle el suyo, porque las contadas veces que esto quiso suceder, dióle al insubordinado tan contundentes razones que por muchos días le duró el dolor de ellas. Y hasta tanto llegó su señorío que edificó su casa en el preciso punto por donde pasaba el único camino que era de recuas, sobre una loma tan escarpada y angosta, que no era posible hacer rodeos para evitar la casa, por dentro de la cual Rosalira permitía el paso mediante un peaje estipulado. Quejáronse algunos y las autoridades se vieron en el caso de amonestarle, alo que contestó Matías que lo había hecho para ejercer mejor la policía de la región y que lo del derecho de puerta podía ser que fuera más bien de agradecersele que lo cobrara, como que era para conservar y mejorar los caminos, con lo que dichas autoridades se hicieron las convencidas, y lo dejaron en paz y a sus anchas.

IV

En tan buen acuerdo se pasaron algunos años, hasta que una mañana se presentaron en sus dominios varios individuos provistos de instrumentos, cintas y otros accesorios, y comenzaron a echar visuales, tomar medidas y apuntar cifras. Todo lo cual visto por Rosalira le puso sobreaviso, y al día siguiente cuando los intrusos volvieron a sus mirares y medires, él se encaminó donde ellos y les preguntó quiénes eran y qué lo que hacían por allí. Dijéronle que eran ingenieros de una compañía extranjera que hacían el trazo de un ferrocarril que pronto atravesaría la montaña, con lo que Matías se enfureció tanto que por poco abofetea al que tal le dijo, pero no se quedó sin jurarles que no llevarían a cabo su empresa.

Terminado su quehacer se fueron los ingenieros, mas no por esto se tranquilizó El Baquiano, sino que se lo pasaba preocupado con la idea del ferrocarril. Era éste un enemigo inusitado para él y comprendía que el día que entrara en la montaña se acabaría su dominio sobre ella y hasta tendría que abandonarla. Y tan cierto estaba de que por más que se los estorbara terminarían los extranjeros saliéndose con la suya -cosa que lo exasperaba hasta el extremo- que aquel año, último quizás de su señorío, dobló los derechos de paso a los traficantes y cobró adelantados los impuestos de bosques y cultivos del año próximo. Además se la pasaba vagueando por el monte, explorando veredas y escudriñando los bosques; y a veces se pasaba los días enteros metido entre ellos, sin que se supiera por donde andaba ni qué hacía, aunque se sospechaba que se

ocupaba en desenterrar y reunir el armamento y municiones de guerra que tenía escondidos por allí.

Entretanto, de la ciudad venían noticias alarmantes: el ferrocarril adelantaba, los trabajos ibanya entrando a la montaña. Y entraron por fin. Fue una invasión inusitada: todo el día estuvieron llegando escuadrillas de peones y se diseminaban por las laderas, a lo largo del trazo, y comenzaron a plantar campamentos. Después empezaron los trabajos: centenares de picos rompían la tierra, los petardos explotaban a cada rato despedazando los macizos roqueños; talaban las selvas, en los barrancos comenzaban a levantarse parapetos audaces, por las laderas bajaban continuamente aludes devastadores, con un clamor como de aplausos formidables que subía hasta las cumbres. En las noches, en los campamentos había algazara y guitarras, hasta que Matías empezó a cumplir lo que había prometido, y ya no los hubo más sino expectación y silencio, porque desde entonces no hubo noche sin asalto. Todo el día se lo pasaba El Baquiano, viendo los trabajos desde su alto riscal, maquinando planes para la noche, y cuando ésta cerraba, él bajaba con su montonera a atacar los campamentos, o a destruir las obras, muchas veces con los mismos petardos de los que las construían. Después, ya no esperaba la noche, sino que los atacaba en pleno día, con lo que se pasaba la mayor parte de éste en expectación y refriega, y el trabajo no adelantaba, y a poco se suspendió por falta de braceros. Matías parecía salirse con la suya. La Compañía envió comisionados a ofrecerle acciones de la empresa para que la dejara en paz, pero él no las aceptó; llegaron a ofrecerle una suma considerable y la rechazó también. Lo que quería no era dinero, con lo

que le daba la montaña tenía de sobra; su punto era no dejar pasar el ferrocarril, porque era cosa de extranjeros, y él los odiaba cordialmente. Recurrieron estos a otros arbitrios, y el gobierno mandó gente armada para proteger las obras. Recomenzaron éstas y con ellas el estado de guerra en la montaña. Matías Rosalira fue declarado faccioso.

V

Avilita lo sabía. La fama del caudillo montañés había cundido por todas partes y sus hazañas y fechorías eran objeto de toda suerte de comentarios. Conocía también el peligro que había en aventurarse por sus correderos en tiempos como aquellos, de guerra sin cuartel, y aunque las cosas que se contaban del Baquiano, eran para atemorizar al más impávido, así las oyera en poblado y a buen recaudo, a Avilita no le asustaba la idea de encontrárselo, sino más bien la deseaba, como que iba en busca de él.

Atravesaba a la sazón una enmarañada selva, sin sendero y tan pendiente que por aliviar a la rendida bestia echose a pie, y a más andar ganó la linde, en la cumbre misma. La neblina era tan densa que a pocos pasos apenas se distinguían siluetas borrosas; subía de los barrancos, cálida como un aliento, en borbollones silenciosos, desflecábase contra los riscos de aristas cortantes, rodaba sobre las lomas, y se metía, bosque adentro, blanqueando la sombra azul o violada de la umbría. De entre ella, en una engañosa perspectiva de lejanía emergían afilados picachos, roquedos colados

sobre el abismo blanco, aguileras crispadas sobre las cuales se cernían grandes aves rapaces, en un vuelo avizor, lento y majestuoso. A veces, cortado por las alas, vibraba el aire sonoramente, como una clarinada; a intervalos, en el fondo de los barrancos, reventaban estampidos; del mar venía, con las brumas, un viento recio y crudo que pasaba sobre las lomas y se metía por los quebrajones, tal una manada de lobos marinos, todos blancos, que invadiera la montaña.

Avilita, al azar cogió hacia la derecha; caminaba sobre el filo de la montaña por un terreno de rocas entre las que crecían frailejones y helechos, tan pulidas como si el suave y perenne rodar de las nieblas las hubiera aromado. De allí a poco, desvaneciéronse las brumas, apareciendo primero el mar, a lo lejos, desmesurado y azul, y luego el macizo de montañas: las hondonadas vertiginosas, los cangilones donde se apretujaban almácigos de selvas vírgenes, los caseríos esparcidos por las laderas, los plantíos surcados de valladares de piedras, y luego, por encima de la cresta ríspida, hasta donde alcanzaba la vista, la formidable cordillera que se metía, tierra adentro, en una sucesión de cumbres y de azules, hasta el más desvaído sobre la más remota; y la llanura urente, al fin, como un celaje.

De pronto, detrás de un peñón que lo guarecía de los vientos marinos, un paraje donde había casas, al extremo de la travesía que de allí para adelante, dejando la fila, descendía hacia los lados del mar. Pasaba el camino por dentro de una de las casas, cerrada a la sazón, y estaba ésta en lo más escarpado y angosto del sitio, plantada de tal manera que no había otra de pasar sino por dentro de ella. Reconoció Avilita por estas trazas el lugar en que

estaba, que no era otro que el paradero de Matías Rosalira, y aunque parecía deshabitado, tan cerradas estaban las puertas y en silencio las casas, se decidió a llamar. Al cabo de un rato abrióse el portalón que dejaba el paso del camino franco, y apareció un hombre, hasta de cuarenta años, vigoroso, alto y bien plantado en quien Avilita reconoció al punto al espía de antes. Sonrióse éste como para inspirarle confianza viendo la turbación en que su presencia lo puso, y le preguntó si quería pasar, pidiéndole excusas por haberse demorado en abrirle. Repuesto, Avilita le contestó que mejor quisiera no pasar todavía, porque iba muerto de cansancio y con mucha hambre, como que era bien pasada la hora del almuerzo, y así más le agradecería que le dijera si podía encontrar en la posada algo de comer.

Mirolo el otro de pies a cabeza, y luego, sin verle la cara contestó:

-Lo que es aquí no hay gente y no se halla nada; pero véngase conmigo. Puede ser que por ahí se encuentre.

Volvió a cerrar la puerta así que pasó Avilita y luego acudió a abrir otra que había al extremo del pasadizo, que no más era aquello, y mientras pasaba el cerrojo le dijo:

-Vaya andando joven... por ahí, a su derecha, yo voy con usted.

Comprendiendo el otro que quería conservarse a sus espaldas y aunque tal espaldero no era para inspirar confianza, echó a andar con todo el recelo que era del caso. A poco su acompañante le preguntó:

-Dígame una cosa, joven, y usted perdone el entrometimiento: ¿qué busca usted por aquí?

- Busco al General Matías Rosalira.
- Entonces ya pué usted parase.
- ¿Es usted?
- Pa servirle. Pero nada más que Coronel, por lo pronto.
- Jacinto Ávila, doctor en leyes.

VI

El doctor Jacinto Ávila devoraba el almuerzo que le habían aderezado en el rancho adonde lo llevara Matías Rosalira. Acompañábalo éste y lo servía una vieja india, cantinera desde moza, abotagada y aguardientosa, que no cesaba de gruñir y mirarlo con malicia. Entretanto, en torno al rancho, que parecía cuartel, tal estaban las trojes llenas de armas, merodeaban hombres mal encarados, que tenían aspecto de perros de presa.

- Son mis muchachos.
- Creí que usted tenía su cuartel en la casa del paso de la fila.
- ¿En El Respiro? Es que ahora tengo la gente trabajando del otro lao.
- Raro es que no hayan intentado ocuparla sus enemigos.

-Lo que es intentao, no se esté usted pensando que no les ha faltao ganas, la cosa es que, como dicen vulgarmente: toavía no estaban maduras y se han frunció al clavarles el diente.

-Es inexpugnable, verdaderamente. Y como usted es tan conocedor de la región.

-Alguna ciencia debe tené uno, doctorcito; pa algo ha vivió uno toa la vida en estos espeñeros.

-Debe ser muy agradable vivir en estos lugares altos.

-Según y conforme. Todo está en el acomodo de uno; pa usted, en comparación, no sería muy propio, acostumbrao a las comodidades de la ciudad.

-Tal vez...

-¡Eso sí! Pa la salud le sirve hasta más útil que la ciudad; aquí tiene uno el pulso y la juerza que estorba. Yo, le soy franco, el día que tuviera que irme de la montaña, me moriría de rabia, como el querrequerre enjaulao.

-Depende de la manera cómo salga usted de ella.

-Ahora parece que me quieren sacá por la juerza. Pero, ¡caray! como que no les va a sé muy fácil. Usted perdone la interjección, pero es que cuando me acuerdo... Mire, es que me dan ganas de... de estrangularlos a todos... Usted sabe... los de abajo, los musiués esos.

-Los del ferrocarril. Sí.

-Je, je... Esta risa no es ni mía.

Y Matías Rosalira se paseaba atusándose el bigote. Luego salió del rancho llegando hasta el borde del despeñadero, desde donde se veían, allá abajo: el peonaje del ferrocarril perforando la montaña y los campamentos de la tropa que protegía las obras, bajo banderas extrañas.

-Pero señor, es mi cuestión: por qué vamos a dejar que los musiués se cojan la tierra de uno.

-Ahí tiene usted una bandera prestigiosa para una revolución.

-Ahora todos la han cogido con lo de la civilización; como si la civilización no pudiera andá sino en ferrocarril. Lo que pasará es que se morirán de hambre los pobrecitos arrieros, para que los musiués se lleven todos los riales pa su extranjero. ¡No digo una revolución!

-¿Por qué no la hace usted?

-¿Yo?

-Es el único que puede hacerla hoy.

-¡Ah! ¡malaya!

-Si usted quisiera, al dar el grito tendría sobre las armas un pie de ejército de flor.

-¿Usted lo cree?

-¿Cómo no? Estoy segurísimo; yo sé por qué lo digo.

-La verdad es que yo tengo muchos amigos, aunque me esté mal el decirlo.

-Y los que tiene sin saberlo. Hoy es usted el Caudillo más popular, todas las esperanzas del país están puestas en usted. Mire, yo vengo de recorrer la República y sé que toda ella, como un solo hombre, se levantaría por usted.

-Yo sí lo creo, porque son muchos los descontentos. Pero la cosa es que eso de una revolución son palabras mayores.

-No hay tal. Audaces fortuna juvat. Quiere decir: que la fortuna ayuda a los audaces.

-No es que yo le tenga miedo a la guerra, porque en ella he echao los dientes y las barbas, sino porque después no me hallaría. Yo no sirvo pa lo civil.

-Ya encontrará usted colaboradores. Desde luego, me pongo a sus órdenes. Yo he estudiado mucho, he penetrado las entrañas de este país y sé cómo se le puede gobernar.

-Gracias, doctor.

-Además, que no se dará el caso de que usted necesite de consejeros. Usted tiene cualidades maravillosas y da lástima que las pierda usted en escaramuzas sin gloria ni provecho. Usted perdone que se

lo diga.

Guardaron silencio un momento. Matías Rosalira se hurgaba la barba pensando:

-¿De modo que usted cree que la parada es tirable, como dicen?

-Con los ojos cerrados. La Patria se lo está reclamando.

-Por ella lo haría, y por ella es que lo hago, créame usted; yo estoy en guerra porque eso del ferrocarril es contra las leyes; todos los pueblos de la montaña se arruinarán, y se morirán de hambre los pobres que no viven sino de sus cargas.

VII

Para Rosalira la Patria era su montaña, y el patriotismo no dejar pasar el ferrocarril. El doctor Jacinto Ávila fue a decirle que aquélla era algo más que la montaña: las ciudades que blanqueaban allá abajo; las llanuras inmensas que reverberaban a lo lejos; y lo que no se veía; la Patria de extramuros que estaba detrás de las barreras azules de los montes sin sospecharlo Matías. Para hacérselo comprender comenzó por despertarle una ambición que hasta entonces no había tenido, y lo hizo tan mañeramente que el Caudillo no distinguía cuándo le hablaba de la Patria y cuándo del rico botín que le aguardaba en la aventura, y lo hizo con tal éxito que a poco rato no era posible saber quién inducía a quién.

Terminado el almuerzo, Avilita se puso a escribir la proclama de guerra del General Matías Rosalira, mientras éste recorría la montaña en todas direcciones convocando a sus amigos.

VIII

El doctor Jacinto Ávila estaba ya en su camino; y tal vez muy cerca de realizar la única y grande aspiración de su vida: llegar.

¡Llegar! Por ello había abandonado su provincia nativa cuando comprendió que en su pobre ambiente jamás pasaría de ser un talento sin gloria ni provecho, si era que no se quedaba en la obscura mediocridad, y enderezó sus pasos a la Capital propicia, y ya en ella, en la Universidad que da prestigio y esplendor vinculados a un título que abre todas las puertas y allana todos los caminos; y por ello padeció necesidades: comió mal, vistió peor, sufrió humillaciones y desprecios, ambicionó mucho y envidió más. Y logró llegar hasta el título. Graduose de doctor en leyes y al despedirse de las aulas donde segara fácil laurel a fuerza de imponer a todo trance el imperativo categórico de su vanidad inflada de suficiencia, no tuvo palabras de gratitud sino de encono para aquello que él llamaba fatalidad de su medio, que le había impuesto aquel áspero noviciado de seis largos años de inactividad y enojoso estudio que pusieron a prueba su energía. Encono que era tan sincero como había sido insolente y que siempre fue, contenido, el acicate de su voluntad, y a la hora del triunfo, libre y desbordado, la natural revancha de su alma en violento desquite por las humillaciones y sinsabores padecidos.

Graduado ya acudió al periódico y a la tribuna propicios y tanto escribió y declamó tanto, con el solo objeto de hacer ruido, para lo que era bastante hueco y vacío, que a vuelta de poco y tenía una gloriola y era

acatado en todos los círculos de la Capital. Pero no era este llegar a medias todo lo que él aspiraba y siguió trabajando con tesón por llegar de un todo hasta donde fuera posible llegar en su país, sin que su delicadeza estableciera distingos de escrúpulos que mástarde fueran a amargarle el saboreado disfrute de sus triunfos. Y con esta acomodada determinación a poco estuvo en la asendereada política y por ella anduvo buen espacio con éxito bastante prometedor. Pero, reveses de la fortuna o torpeza para calcular, hiciéronle dar un paso imprudente y cayó en desgracia.

Entonces fue cuando llegó a sus oídos la fama que cobraba Matías Rosalira y resolvió ir en su busca para intentar junto con él, y a su amparo, la gran aventura. Buen conocedor de su medio, por instinto y por experiencia, sabía que sólo con un apoyo de esta suerte podría hacerse carrera por los caminos del éxito y para lograrlo resolvió hacerse espaldero del Caudillo. Éste era la fuerza, el instinto cerril, impetuoso y dominador, la energía acostumbrada a imponerse, la única energía de la raza blindada de barbarie pero íntegra, pura como un metal nativo; a su vez él se reconocía el aliento de la gran aspiración, de la audacia aventurera, que también es una fuerza, ysi el otro tenía con su instinto la fortaleza de la garra dominadora, él podía prestar con su inteligencia el ímpetu del vuelo que levanta y dilata la potencia de la garra.

IX

Esto era lo que el doctor Jacinto Ávila venía a proponerle

al cacique de la montaña.

Cayole bien al montaraz en su ánimo aventurero la propuesta y la condición del ciudadano, y como además, según era fama, profesaba aquél un gran acatamiento al saber, Avilita que se lo sabía de antemano, hizo alardes del suyo, con lo que desde el primer momento cobró ascendiente sobre él.

Ya estaba en su camino. Acordose de los que le negaban méritos, de los que le escatimaron su aprecio, de los orgullosos que habían sabido estarse en retiro de dignidad, mientras él iba placenteramente con la maltratada y peor tenida suya, en subasta, y se complació de pensar que pronto podía pasearles su triunfo por delante y humillarlos, y no sólo a ellos, sino a la sociedad entera, a los mismos que le habían dado la mano, porque Avilita tenía un profundo rencor contra todos, gratuito al parecer y que en el fondo no era sino un deseo de represalias, en el que se revelaba inconscientemente la aspiración de virtud que la vida no le había dejado tener: grandeza de alma, hidalguía en el corazón, ideales, integridad, orgullo.

X

Al día siguiente, con las primeras sombras de la noche, comenzaron a llegar a la posada de la cumbre los amigos del Baquiano. Eran muchos, de todos los contornos y venían sin armas algunos, pero todos en tren de campaña. Así que estuvieron reunidos, Avilita, a nombre del General Matías Rosalira, les explicó el motivo de la convocatoria y les leyó la proclama de

guerra, en la cual se mentaban las Instituciones, la Soberanía nacional, los fueros sagrados de la Patria y otras cosas más, altisonantes y arrebatadoras, que nunca habían oído nombrar los montañeses, a quienes, sin embargo, les pareció muy bueno todo. Pero no dieron muestras de entusiasmo, sino que se quedaron viéndose unos a otros, aprobando con la cabeza y a regañadientes, hasta que Matías tomó la palabra y les dijo, lisa y llanamente:

-Muchachos, lo que les ha dicho el doctor es la pura verdad, y por eso yo los he convocado pa que nos alcemos contra el Gobierno, porque el Gobierno ha faltao a las leyes y nos quiere quitá la montaña de nosotros pa vendé-sela a los musiués.

-¡Abajo el ferrocarril! ¡Muera el Gobierno!
¡¡Mueran los musiués!! -gritaron entonces los amotinados, y con gran tumulto salieron al camino.

Luego, armados ya los que no estaban y borrachos todos, se pusieron en marcha, apenas comenzaron a perfilarse sobre la incierta claridad albar las recias siluetas del monte, y con esto empezó la aventura.

Matías a la cabeza y a su lado el doctor Jacinto Ávila, ahora bien montado y convertido en respaldero intelectual del Caudillo, bajaba la horda por los senderos fragosos como un alud que nadie sabía adónde iría a parar, ni cuántos estragos haría, mientras en la noche remisa de las hondonadas los gallos desperezaban sus clarines en dianas triunfales.

Sobre los picos enhiestos en la fría claridad, suaves oros de sol; abajo: la madrugada azul; blancura de brumas sobre la llanura y sobre las ciudades hacia donde bajaba la montonera bisoña, ávida de sangre y botín...

PATARUCO

Pataruco era el mejor arpista de la Fila de Mariches. Nadie como él sabía puntear un joropo, ni nadie darle tan sabrosa cadencia al canto de un pasaje, ese canto lleno de melancolía de la música vernácula. Tocaba con sentimiento, compenetrado en el alma del aire que arrancaba a las cuerdas grasientas sus dedos virtuosos, retorciéndose en la jubilosa embriaguez del escobillao del golpe aragüeño, echando el rostro hacia atrás, con los ojos en blanco, como para sorberse toda la quejumbrosa lujuria del pasaje, vibrando en el espasmo musical de la cola, a cuyos acordes los bailadores jadeantes lanzaban gritos lascivos, que turbaban a las mujeres, pues era fama que los joropos de Pataruco, sobre todo cuando éste estaba medio «templao», bailados de la «madrugá p'abajo», le calentaban la sangre al más apático.

Por otra parte el Pataruco era un hombre completo y en donde él tocase no había temor de que a ningún maluco de la región se le antojase «acabar el joropo» cortándole las cuerdas al arpa, pues con un araguaney en las manos el indio era una notabilidad y había que ver cómo bregaba.

Por estas razones, cuando en la época de la cosecha del café llegaban las bullangueras romerías de las escogedoras y las noches de la Fila comenzaban a alegrarse con el son de las guitarras y con el rumor de las «parrandas», al Pataruco no le alcanzaba el tiempo para tocar los joropos que «le salían» en los ranchos esparcidos en las haciendas del contorno.

Pero no había de llegar a viejo con el arpa al hombro, trajinando por las cuevas repechosas de la Fila, en la oscuridad de las noches llenas de consejos pavorizantes y cuya negrura duplicaban los altos y coposos guamos de los cafetales, poblados de siniestros rumores de crócalos, silbidos de macaureles y gañidos espeluznantes de váquiros sedientos que en la época de las quemazones bajaban de las montañas de Capaya, huyendo del fuego que invadiera sus laderas, y atravesaban las haciendas de la Fila, en manadas bravías en busca del agua escasa.

Azares propicios de la suerte o habilidades o virtudes del hombre, convirtiéronle, a la vuelta de no muchos años, en el hacendado más rico de Mariches. Para explicar el milagro salía a relucir en las bocas de algunos la manoseada patraña de la legendaria botijuela colmada de onzas enterradas por «los españoles»; otros escépticos y pesimistas, hablaban de chivaterías del Pataruco con una viuda rica que le nombró su mayordomo y a quien despojara de su hacienda; otros por fin, y eran los menos, atribuían el caso a la laboriosidad del arpista, que de peón de trilla había ascendido virtuosamente hasta la condición de propietario. Pero, por esto o por aquello, lo cierto era que el indio le había echado para siempre «la colcha al arpa» y vivía en Caracas en casa grande, casado con una mujer blanca y fina de la cual tuvo numerosos hijos en cuyos pies no aparecían los formidables juanetes que a él le valieron el sobrenombre de Pataruco.

Uno de sus hijos, Pedro Carlos, heredó la vocación por la música. Temerosa de que el muchacho fuera a salirle arpista, la madre procuró extirparle la afición;

pero como el chico la tenía en la sangre y no es cosa hacedera torcer o frustrar las leyes implacables de la naturaleza, la señora se propuso entonces cultivársela y para ello le buscó buenos maestros de piano. Más tarde, cuando ya Pedro, Carlos era un hombrecito, obtuvo del marido que lo enviase a Europa a perfeccionar sus estudios, porque, aunque lo veía bien encaminado y con el gusto depurado en el contacto con lo que ella llamaba la «música fina», no se le quitaba del ánimo maternal y supersticioso el temor de verlo, el día menos pensado, con un arpa en las manos punteando un joropo.

De este modo el hijo de Pataruco obtuvo en los grandes centros civilizados del mundo un barniz de cultura que corría pareja con la acción suavizadora y blanqueante del clima sobre el cutis, un tanto revelador de la mezcla de sangre que había en él, y en los centros artísticos que frecuentó con éxito relativo, una conveniente educación musical.

Así, refinado y nutrido de ideas, tornó a la Patria al cabo de algunos años y si en el hogar halló, por fortuna, el puesto vacío que había dejado su padre, en cambio encontró acogida entusiasta y generosa entre sus compatriotas.

Traía en la cabeza un hervidero de grandes propósitos: soñaba con traducir en grandiosas y nuevas armonías la agreste majestad del paisaje vernáculo, lleno de luz gloriosa; la vida impulsiva y dolorosa de la raza que se consume en momentáneos incendios de pasiones violentas y pintorescas, como efímeros castillos de fuegos artificiales, de los cuales a la postre y bien pronto, sólo queda la arboladura lamentable de los fracasos

tempranos. Estaba seguro de que iba a crear la música nacional.

Creyó haberlo logrado en unos motivos que compuso y que dio a conocer en un concierto en cuya expectativa las esperanzas de los que estaban ávidos de una manifestación de arte de tal género, cuajaron en prematuros elogios del gran talento musical del compatriota. Pero salieron frustradas las esperanzas: la música de Pedro Carlos era un conglomerado de reminiscencias de los grandes maestros, mezcladas y fundidas con extravagancias de pésimo gusto que, pretendiendo dar la nota típica del colorido local sólo daban la impresión de una mascarada de negros disfrazados de príncipes blondos.

Alguien condensó en un sarcasmo brutal, netamente criollo, la decepción sufrida por el público entendido:

-Le sale el pataruco; por mucho que se las tape, se le ven las plumas de las patas.

Y la especie, conocida por el músico, le fulminó el entusiasmo que trajera de Europa.

Abandonó la música de la cual no toleraba ni que se hablase en su presencia. Pero no cayó en el lugar común de considerarse incomprendido y perseguido por sus coterráneos. El pesimismo que le dejara el fracaso, penetró más hondo en su corazón, hasta las raíces mismas del ser. Se convenció de que en realidad era un músico mediocre, completamente incapacitado para la creación artística, sordo en medio de una naturaleza muda, porque tampoco había que esperar de ésta nada que fuese digno de perdurar en el arte.

Y buscando las causas de su incapacidad husmeó el rastro de la sangre paterna. Allí estaba la razón: estaba

hecho de una tosca substancia humana que jamás cristalizaría en la forma delicada y noble del arte, hasta que la obra de los siglos no depurase el grosero barro originario.

Poco tiempo después nadie se acordaba de que en él había habido un músico.

Una noche en su hacienda de la Fila de Mariches, a donde había ido a instancias de su madre, a vigilar las faenas de la cogida del café, paseábase bajo los árboles que rodeaban la casa, reflexionando sobre la tragedia muda y terrible que escarbaba en su corazón, como una lepra implacable y tenaz.

Las emociones artísticas habían olvidado los senderos de su alma y al recordar sus pasados entusiasmos por la belleza, le parecía que todo aquello había sucedido en otra persona, muerta hacía tiempo, que estaba dentro de la suya emponzoñándole la vida.

Sobre su cabeza, más allá de las copas oscuras de los guamos y de los bucares que abrigaban el cafetal, más allá de las lomas cubiertas de suaves pajonales que coronaban la serranía, la noche constelada se extendía llena de silencio y de serenidad. Abajo alentaba la vida incansable en el rumor monorrítmico de la fronda, en el perenne trabajo de la savia que ignora su propia finalidad sin darse cuenta de lo que corre para componer y sustentar la maravillosa arquitectura del árbol o para retribuir con la dulzura del fruto el melodioso regalo del pájaro; en el impasible reposo de la tierra, preñado de formidables actividades que recorren su círculo de infinitos a través de todas las formas, desde la más humilde hasta las más poderosas.

Y el músico pensó en aquella oscura semilla de su

raza que estaba en él pudriéndose en un hervidero de anhelos imposibles. ¿Estaría acaso germinando, para dar a su tiempo, algún zazonado fruto imprevisto?

Prestó el oído a los rumores de la noche. De los campos venían ecos de una parranda lejana: entre ratos el viento traía el son quejumbroso de las guitarras de los escogedores. Echó a andar, cerro abajo, hacia el sitio donde resonaban las voces festivas: sentía como si algo más poderoso que su voluntad lo empujara hacia un término imprevisto.

Llegado al rancho del joropo, detúvose en la puerta a contemplar el espectáculo. A la luz mortal de los humosos candiles, envueltos en la polvareda que levantaba el frenético escobilleo del golpe, los peones de la hacienda giraban ebrios de aguardiente, de música y de lujuria. Chicheaban las maracas acompañando el canto dormilón del arpa, entre ratos levantábase la voz destemplada del «cantador» para incrustar un «corrido» dedicado a alguno de los bailadores y a momentos de un silencio lleno de jadeos lúbricos, sucedían de pronto gritos bestiales acompañados de risotadas.

Pedro Carlos sintió la voz de la sangre; aquella era su verdad, la inmisericorde verdad de la naturaleza que burla y vence los artificios y las equivocaciones del hombre: él no era sino un arpista, como su padre, como el Pataruco.

Pidió al arpista que le cediera el instrumento y comenzó a puntearlo, como si toda su vida no hubiera hecho otra cosa. Pero los sonos que salían ahora de las cuerdas pringosas no eran, como los de antes, rudos, primitivos, saturados de dolorosa desesperación que era un grañido de macho en celo o un grito de animal herido;

ahora era una música extraña, pero propia, auténtica, que tenía del paisaje la llameante desolación y de la raza la rabiosa nostalgia del africano que vino en el barco negrero y la melancólica tristeza del indio que vio caer su tierra bajo el imperio del invasor. Y era aquello tan imprevisto que, sin darse cuenta de por qué lo hacían, los bailadores se detuvieron a un mismo tiempo y se quedaron viendo con extrañeza al inusitado arpista.

De pronto uno dio un grito: había reconocido en la rara música, nunca oída, el aire de la tierra, y la voz del alma propias. Y a un mismo tiempo, como antes, lanzáronse los bailadores en el frenesí del joropo.

Poco después camino de su casa, Pedro Carlos iba jubiloso, llena el alma de música. Se había encontrado a sí mismo; ya oía la voz de la tierra...

En pos de él camina en silencio un peón de la hacienda.

Al fin dijo:

-Don Pedro, ¿cómo se llama ese joropo que usted ha tocao?

-Pataruco.

Abril de 1919

LA HORA MENGUADA

I

-¡Qué horror! ¡Qué horror!

Clamaba Enriqueta, con las manos sobre las sienes consumidas por el sufrimiento, paseándose de un extremo a otro de la sala, impregnada todavía del dulce y pastoso aroma de nardos y azucenas del mortuario reciente.

-Ya me lo decía el corazón. No era natural que tú te desesperaras tanto por la muerte de Adolfo. Si parecía que eras tú la viuda y no yo. ¡Y yo tan ciega, tan cándida! ¿Cómo es posible que no me hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando? ¡Traicionada por mi propia hermana, en mi propia casa!...

Amelia la oía sin protestar. Tenía el aire estúpido de un alalamiento doloroso; sus ojos, que un leve estrabismo bañaba de languidez y dulzura, encarnizados por el llanto y por el insomnio, seguían el ir y venir de la hermana con esa distraída persistencia del idiotismo. Parecía abrumada por el horror de su culpa; pero no reflexionaba sobre ella; ni siquiera pensaba en el infortunio que había caído para siempre sobre su vida.

Atormentada por los celos, trémula de indignación y de despecho, Enriqueta escarbaba con implacable saña en aquella herida que era dolor de ambas, arrancándole las más crueles confesiones a la hermana, quien las iba haciendo dócilmente con la sencillez de un niño, llegando

a un inquietante extremo de exageración cuando Amelia le confesó que era madre.

¡Ella, que tanto lo deseara, no había podido serlo durante su matrimonio! ¿No era el colmo de la crueldad del destino para con ella, que tuviese que amargar más aún, con el despecho de su esterilidad su dolor y su ira de esposa ofendida, de hermana traicionada? ¡Esto sólo le faltaba: tener de qué avergonzarse!

Al cabo la violencia misma de sus sentimientos la rindió. Lloró largo rato, desesperadamente; luego más dueña de sí misma y aquietada por el saludable estrago de su tormenta interior, le dijo a la hermana con una súbita resolución:

-Bien. Hay que tratar ahora de ver si se salva algo: siquiera el concepto de los demás. Nos iremos de aquí, donde todo el mundo nos conoce y nos sacarían a la cara esta vergüenza. Nos instalaremos en el campo hasta que tu hijo haya nacido. Y será mío. Yo mentiré y me prestaré a la comedia para salvarte a ti de la deshonra... y...

Pero no se atrevió a expresar su verdadero sentimiento, agregando: y para librarme yo de las burlas de la gente. Porque en aquel raptó de heroica abnegación no podía faltar, para que fuese humana, el flaco impulso de una pequeña pasión.

Amelia la oyó con sorpresa y se le llenaron de lágrimas los ojos que parecían haber olvidado el llanto: su instinto maternal midió un instante la enormidad del sacrificio que se le exigía. Respondió resignada:

-Bueno, Enriqueta. Como tú digas. Será tuyo.

II

Confundiéndolas en un mismo amor creció Gustavo Adolfo al lado de aquellas dos mujeres que se veían y se deseaban para colmarlo de ternuras.

Era un pugilato de dos almas atormentadas por el secreto, para adueñarse plenamente de la del niño que era de ambas y a ninguna pertenecía.

-¡Mi hijo! ¡Mi hijito!...

Decía Enriqueta, comiéndoselo a besos, con el corazón torturado por el anhelo maternal que se desesperaba ante la evidencia de su mentira.

-¡Muchacho! ¡Muchachito!

Exclamaba Amelia, sufriendo la pena de Tántalo por no poder satisfacer su orgullo materno ostentando la verdad de su amor.

Y a medida que el niño crecía aumentaba el conflicto sentimental que cada una llevaba dentro del alma. Celábanse y espiábanse mutuamente: Enriqueta siempre temerosa de que Ameliadescubriese algún día la verdad al niño; Amelia de continuo en acecho de las extremosas ternuras de la hermana para superarlas con las suyas.

Por momentos esta perenne tensión de sus ánimos se resolvía en crisis de odio recíproco. Acontecíales muy a menudo pasar días enteros sin dirigirse palabra, cada cual encerrada en su habitación, para no tener que sufrir la presencia de la otra, y cuando se sentaban en la mesa o, por las noches, se reunían en la sala en torno al niño que charlaba copiosamente hasta caer rendido de sueño sobre el sofá, una y otra lanzábanse feroces reojos a hurtadillas

de la criatura que hacía las veces de intérprete entre ambas. A veces un simultáneo impulso de ternura reunía sobre la infantil cabecita las manos de ellas que se encontraban y tropezaban en una misma caricia; bruscamente las retiraban a tiempo que sus bocas contraídas por duros gestos de encono, dejaban escapar gruñidos que unas veces provocaban la hilaridad y otras la extrañeza del niño.

Pero la misma fuerza de la abnegación con que sobrellevaban la enojosa situación no tardaba en derramar su benéfico influjo sobre aquellos espíritus exasperados por el amor y roídos por el secreto. Bastaba que un donaire del niño sacase a las bocas endurecidas por la pasión rencorosa, la ternura de una sonrisa; mirábanse entonces largamente, hasta que se les humedecían los ojos, y reconociéndose mutuamente buenas y sintiéndose confortadas por el sacrificio, olvidaban sus mutuos recelos, para decirse:

-¡Lo qué debes sufrir tú!

-Tú eres quien más sufre... y por mi culpa.

Eran momentos de honda vida interior que a veces no llegaba a sus conciencias bajo la forma de un pensamiento; pero que estaba allí, como el agua de los fondos, dándoles la momentánea intuición de algo inefable que atravesara sus existencias revelando cuanto de divino duerme en la entraña de la grosera substancia humana; instantes de una intensa felicidad sin nombre que les levantaba las almas en una suspensión de arrobamientos. Eran sus horas de santidad.

Y eran entonces los ojos del niño los que parecía que acertasen a ver mejor estos relámpagos del ángel en las miradas de ellas, porque siempre que aquello

aconteció, Gustavo Adolfo se quedó súbitamente serio, viéndolas a las caras transfiguradas, con un aire inexpresable.

III

Así transcurrió el tiempo y Gustavo Adolfo llegó a hombre.

Mansa y calmosa, su vida discurría al arrimo de las extremadas ternuras de aquellas dos mujeres que eran para él una sola madre y en cuyas almas el fuego del sacrificio parecía haber consumido totalmente las escorias del recelo egoísta y del amor codicioso. Pero un día -él nunca pudo decir cuando ni por qué-, una brusca eclosión de subconciencia le llenó el espíritu de un sentimiento inusitado y extraño: era como una expectativa de algo que hubiese pasado ya por su vida y que, de un momento a otro hubiera de volver.

De allí en adelante acontecióle sentir esto muy a menudo, sobre todo cuando viniendo de la calle, ponía el pie en su casa. En veces fue tan lúcida esta visión inmaterial que llegó a adquirir la convicción de que toda su vida estaba sostenida sobre un misterio familiar, que él no podía precisar cuál fuese, a pesar de que, en aquellos momentos, estaba seguro de haber tenido en él inequívocas revelaciones, allá en su niñez. Sobrecogido de este sentimiento, que no se ocupaba de analizar, cada vez que entraba en su casa deteníase en el zaguán, con el oído contra la puerta, espionando el silencio interior, convencido de que algún día terminaría por oír la palabra que descorriese el velo de su inquietante misterio.

Y la escuchó por fin.

A tiempo que él entraba en el zaguán oyó la voz airada de Enriqueta diciéndole a Amelia:

-Y si no hubiera sido por mí, ¿qué sería de ti? Ni tu hijo te querría, porque Gustavo Adolfo no te hubiera perdonado el que lo hayas hecho hijo de una culpa. Me traicionaste, me quitaste el amor de mi marido...

-Pero te di mi hijo... ¿qué más quieres? Te he dado lo que tú no supiste tener. Me debes la mayor alegría de una mujer: oír que la llamen madre. Y te la he dado a costa mía...

-¡Traidora!... Mala mujer...

-¡Estéril!...

IV

Han pasado años y años... Están viejas y solas... Gustavo Adolfo las ha abandonado... Se revolvió del zaguán donde oyó la vergonzosa revelación de su misterio y no volvió más a la casa... Lo esperaron en vano, aderezado el puesto en la mesa, abierto el portón durante las noches... ¡Ni una noticia de él! Tal vez había muerto...

Todavía lo aguardaban. El ruido de un coche que se detuviera cerca de la casa les hacía saltar los corazones... esperaban conteniendo el aliento, aguzados los oídos hacia el silencio del zaguán... y pasaban largos ratos bajo las puertas de sus dormitorios que daban al patio en una espera anhelosa... luego se metían de nuevo a sus habitaciones a llorar...

¡La vida rota! Destrozada en un momento de

violencia por un motivo baladí: años de sacrificio, dos existencias de heroica abnegación frustradas de pronto porque a una se le cayó una copa de las manos y la otra profirió una palabra dura. Así comenzó aquella disputa vulgar y estúpida en la cual se fueron enardeciendo hasta concluir sacándose a las caras las mutuas vergüenzas; y así terminó para ellas, de una vez por todas, la felicidad que disfrutaban en torno al hijo común, y la santa complacencia de sí mismas, que experimentaban cuando medían el sacrificio que cada una había hecho y se encontraban buenas.

Ahora las atormentaba la soledad... el silencio de días enteros, martirizándose con el inútil pensamiento:

-¿Por qué se me ocurrió decir aquello?

-¡Dios mío! ¿Por qué no me quitaste el habla?

-¡Y todo por una copa rota! ¡Quién pudiera recoger las palabras que no debió pronunciar!

-¡La hora menguada!...

Caracas, abril de 1919.

EL CREPÚSCULO DEL DIABLO

I

En el borde de una pila que muestra su cuenca seca bajo el ramaje sin fronda de los árboles de la plaza, de la cual fuera ornato si el agua fresca y cantarina brotase de su caño, está sentado

«el Diablo» presenciando el desfile carnavalesco.

La turba vocinglera invade sin cesar el recinto de la plaza, se apiña en las barandas que dan a la calle por donde pasa «la carrera», se agita en ebrios hormigueos alrededor de los tarantines donde se expenden amargos, frituras, refrescos y cucuruchos de papelillos y de arroz pintado, se arremolina en torno a los músicos, trazando rondas dionisiacas al son del joropo nativo, cuya bárbara melodía se deshace en la crudeza del ambiente deslucido por la estación seca, como un harapo que el viento deshilase.

Con ambas manos apoyadas en el araguaney * primorosamente encabullado, el sombrero sobre la nuca y el tabaco en la boca, el Diablo oye aquella música que despierta en las profundidades de su ánimo no sabe qué vagas nostalgias. A ratos melancólica, desgarradora, como un grito perdido en la soledad de las llanuras; a ratos erótica, excitante, aquella música era el canto de la raza oscura, llena de tristeza y de lascivia, cuya alegría es algo inquietante que tiene mucho de trágico.

El diablo ve pasar ante su mente trazos fugaces de paisajes desolados y nunca vistos, sombras espesas de un dolor que no sintió su corazón, relámpagos de sangre que otra vez, no sabe cuándo, atravesaron su vida. Es el sortilegio de la música que escarba en el corazón del Diablo, como un nido de escorpiones. Bajo el influjo de estos sentimientos se va poniendo sombrío; sus mejillas chupadas se estremecen levemente, su pupila quieta y dura taladra en el aire una visión de odio, pero de una manera siniestra. Probablemente la causa inconsciente de todo esto es la presencia de la multitud que le despierta diabólicos antojos de dominación; sobre el encabullado del araguaney, sus dedos ásperos, de uñas filosas, se encorvan en una crispatura de garras.

Al lado suyo, uno de los que junto con él están sentados en el borde de la pila, le dice:

—¡Ah, compadre Pedro Nolasco! ¿No es verdad que ya no se ven aquellos disfraces de nuestro tiempo?

El Diablo responde malhumorado:

—Ya esto no es Carnaval ni es ná. El otro continúa evocador:

—¡Aquellos volatines que ponían la cuerda de ventana a ventana! ¡Aquellas pandillas denegritos que se daban esas agarrás al garrote! ¡Y que se zumbaban de veras! ¡Aquellos diablos!

Por aquí andaban las nostalgias de Pedro Nolasco.

Era él uno de los diablos más populares y constituía la nota típica, dominante, de la fiestaplebeya. A punto de mediodía echábase a la calle con su disfraz infernal, todo rojo, y su enorme «mandador», y de allí en adelante, toda la tarde, era un infatigable ambular por los barrios de la ciudad, perseguido por la chusma

ululante, tan numerosa que a veces llenaba cuerdas enteras y contra la cual se revolvió de pronto blandiendo el látigo, que no siempre chasqueaba ocioso en el aire para vanas amenazas.

Buenos verdugones levantó más de una vez aquella fusta diabólica en las pantorrillas de chicos y grandullones. Y todos la sufrían como merecido castigo por sus aullidos ensordecedores, sin protesta ni rebeldía, tal que si fuera un flagelo de lo Alto. Era la tradición: contra los latigazos de los diablos nadie apelaba a otro recurso sino al de la fuga.

Posesionado de su carácter, dábalo Pedro Nolasco con verdadera indignación, que le parecía la más justa de las indignaciones, pues una vez que se vestía de diablo y se echaba a la calle, olvidábase de la farsa y juzgaba como falta de lesa majestad los irreverentes alaridos de la chiquillería.

Esta, por su parte, procedía como si se hiciese estas reflexiones: un diablo es un ente superior; todo el que quiere no puede ser diablo, pues esto tiene sus peligros, y al que sabe serlo como es debido, hay que soportarle los latigazos.

Pedro Nolasco era el mejor de los diablos de Caracas. Su feudo era la parroquia de Candelaria y sus aledaños, y allí no había muchacho que no corriese detrás de él aullando hasta enronquecer y arriesgando el pellejo.

Respetábanlo como a un ídolo. Cuando se aproximaba el Carnaval empezaban a hablar de él, y su misteriosa personalidad era objeto de entusiastas comentarios. La mayor parte no lo conocían sino de nombre y muchos se lo forjaban de la manera más fantástica. Para algunos, Pedro Nolasco no podía ser un

hombre como los demás, que trabajaba y vivía la vida ordinaria, sino un ente misterioso, que no salía de su casa durante todo el año y sólo aparecía en público en el Carnaval, en su carácter absurdamente sagrado de diablo. Conocer a Pedro Nolasco, saber cuál era su casa y estar al corriente de sus intimidades era motivo de orgullo para todos; haber hablado con él era algo como poseer la privanza de un príncipe. Se podía llenar la boca quien tal afirmaba, pues esto sólo adquiría gran ascendiente entre la chiquillería de la parroquia.

Aumentaba este prestigio una leyenda en la cual Pedro Nolasco aparecía como un héroe tutelar. Referíase que muchos años atrás, en la tarde de un martes de Carnaval, Pedro Nolasco había realizado una proeza de consagración a «su cuerda». Había para entonces en Caracas un diablo rival de Pedro Nolasco, el diablo de San Juan, que tenía tanto partido como el de Candelaria y que había dicho que ese día invadiría los dominios de éste para echarle cuero a él y a su turba. Súpolo Pedro Nolasco y fue en busca de él, seguido de su hueste ululante. Topáronse los dos bandos y el diablo de San Juan arremetió contra la turba del otro; con el látigo en alto acudió en su defensa el de Candelaria, y antes de que el rival bajase el brazo para «cuerearlo», le asestó en la cara un formidable cabezazo que a él le estropeó los cuernos y al otro le destrozó la boca. Fue un combate que no se hubiera desdeñado de cantar el Dante.

Desde entonces fue Pedro Nolasco el diablo único contra quien nadie se atrevía, temido de sus rivales vergonzantes, que arrastraban por las calles apartadas irrisorias turbas, admirado y querido de los suyos, a pesar del escozor de las pantorrillas y quizás por esto mismo

precisamente.

Pero corrió el tiempo y el imperio de Pedro Nolasco empezó a bambolear. Un fuetazo mal dado marcó las espaldas de un muchacho de influencia, y lo llevó a la Policía; y como Nolasco se sintiese deprimido por aquel arresto que autorizaba el hecho insólito de una protesta contra su férula, hasta entonces inapelable, decidió no disfrazarse más, antes que aceptar el menoscabo de su majestad.

II

Ahora está en la plaza viendo pasar la mascarada. Entre la muchedumbre de disfraces atraviesan diablos irrisorios, puramente decorativos, que andan en comparsas y llevan en las manos inofensivos tridentes de cartón plateado. En ninguna parte el diablo solitario, con el tradicional mandador que era terror y fascinación de la chusma. Indudablemente, el Carnaval había degenerado.

Estando en estas reflexiones, Pedro Nolasco vio que un tropel de muchachos invadía la plaza. A la cabeza venía un absurdo payaso, portando en la mano una sombrilla diminuta y en la otra un abanico con el cual se daba aire en la cara pintarrajeada, con un ambiguo y repugnante ademán afeminado. Era esto toda la gracia del payaso, y en pos de la sombrilla corría la muchedumbre fascinada como tras un señuelo.

Pedro Nolasco sintió rabia y vergüenza. ¿Cómo era posible que un hombre se disfrazase de aquella manera? Y, sobre todo, ¿cómo era posible que lo siguiera una multitud? Se necesita haber perdido todas las virtudes varoniles para formar en aquel séquito vergonzoso y

estúpido. ¡Miren que andar detrás de un payaso que se abanica como una mujerzuela! ¡Es el colmo de la degeneración carnavalesca!

Pero Pedro Nolasco amaba su pueblo y quiso redimirlo de tamaña vergüenza. Por su pupila quieta y dura pasó el relámpago de una resolución.

Al día siguiente, martes de Carnaval, volvió a aparecer en las calles de Caracas el diablo de Candelaria.

Al principio pareció que su antiguo prestigio renacía íntegro, pues a poco ya tenía en su seguimiento una turba que alborotaba las calles con sus siniestros *¡aús!* Pero de pronto apareció el payaso de la sombrillita, y la mesnada de Pedro Nolasco fue tras el irrisorio señuelo, que era una promesa de sabrosa diversión sin los riesgos a que exponía el mandador del diablo.

Quedó solo éste, y bajo su máscara de trapo coronada por dos auténticos cuernos de chivo, resbalaron lágrimas de doloroso despecho.

Pero inmediatamente reaccionó y, movido por un instinto al cual la experiencia había hecho sabio, arremetió contra la turba desertora, confiando en que el imperativo legendario de su látigo la volvería a su dominio, sumisa y fascinada.

Arremolinóse la chusma y hubo un momento de vacilación: el Diablo estaba a punto de imponerse, recobrando, por la virtud del mandador, los fueros que le arrebatase aquel ídolo grotesco. Era la voz de los siglos que resonaba en sus corazones.

Pero el payaso conocía las señales del tiempo y, tremolando su sombrilla como una bandera prestigiosa, azuzó a su mesnada contra el diablo.

Volvió a resonar como en los buenos tiempos el

ulular ensordecedor que fingía una trailla de canes visionarios, pero esta vez no expresaba miedo, sino odio.

Pedro Nolasco se dio cuenta de la situación: ¡estaba irremisiblemente destronado! Y, sea porque un sentimiento de desprecio lo hiciese abdicar totalmente el cetro que había pretendido restablecer sobre aquella patulea degenerada, o porque su diabólico corazón se encogiese presa de auténtico miedo, lo cierto fue que volvió las espaldas al payaso y comenzó a alejarse para siempre a su retiro.

Por el éxito enardeció al payaso. Arengando a la pandilla, gritó: «¡Muchachos! Piedras con el diablo.»

Y esto fue suficiente para que todas las manos se armasen de guijarros y se levantasen vindicatorias contra el antiguo ídolo en desgracia.

Huyó Pedro Nolasco bajo la lluvia del pedrisco que caía sobre él, y en su carrera insensata atravesó el arrabal y se echó por los campos de los aledaños. En su persecución la mesnada redoblaba su ardor bélico, bajo la sombrilla tutelar del payaso. Y era en las manos de éste el abanico fementido el sable victorioso de aquella jornada.

Caía la tarde. Un crepúsculo de púrpuras se desgranaba sobre los campos como un presagio. El diablo corría, corría, a través del paraje solitario por un sendero bordeado de montones de basura, sobre los cuales escarbaban agoreros zamuros, que al verlo venir alzaban el vuelo, torpe y ruidoso, lanzando fatídicos gruñidos, para ir a refugiarse en las ramas escuetas de un árbol que se levantaba espectral sobre el paisaje sequizo.

La pedrea continuaba cada vez más nutrida, cada vez más furiosa. Pedro Nolasco sentía que las fuerzas le

abandonaban. Las piernas se le doblaban rendidas; dos veces cayó en su carrera; el corazón le producía ahogos angustiosos.

Y se le llenó de dolor, como a todos los redentores cuando se ven perseguidos por las criaturas amadas. ¡Porque él se sentía redentor, incomprendido y traicionado por todos! El había querido liberar a «su pueblo» de la vergonzosa sugestión de aquel payaso grotesco, levantarlo hasta sí, insuflarle con su látigo el ánimo viril que antaño los arrastrara en pos de él, empujados por esa voluptuosidad que produce el jugar con el peligro.

Por fin una piedra, lanzada por un brazo más certero y poderoso, fue a darle en la cabeza. La vista se le nubló, sintió que en torno suyo las cosas se lanzaban en una ronda vertiginosa y que bajo sus pies la tierra se le escapaba. Dio un grito y cayó de bruces sobre el basurero. Detúvose la chusma, asustada de lo que había hecho, y comenzó a desbandarse.

Sucedió un silencio trágico. El payaso permaneció un rato clavado en el sitio, agitando maquinalmente el abanico. Bajo la risa pintada de albayalde en su rostro, el asombro adquiría una intensidad macabra. Desde el árbol fatídico, los zamuros alargaban los cuellos hacia la víctima que estaba tendida en el basurero.

Luego el payaso emprendió la fuga.

Al pasar sobre el lomo de un collado, su sombrilla se destacó funambulesca contra el resplandor del ocaso.